

OMEGAVERSE

LOS PAPELES HOY
SE INVIERTEN

A hand is shown in profile, reaching out from the left side of the frame. The hand is illuminated from the left, highlighting its fingers and palm. In the background, a person's face is partially visible, looking towards the hand. The background is a dark, starry space with a reddish-brown glow. The overall mood is mysterious and dramatic.

ALFA Y OMEGA

ARIS MEYER

Alfa y Omega

Age rating: For over 18 only

Copyright: Todos los derechos reservados

Category: Erotica

Reese Constantinescu es la gobernante de Brestan. En sus manos yace la nación entera, y su figura de alfa es tan eminente que intimida a todas las castas por igual. A pesar de su apariencia casi divina, guarda un oscuro lado de sí, que sale a relucir cada vez que compra un "juguete nuevo" para saciar sus más bajos deseos carnales.

1

—Y de esta manera, la sesión se da por terminada.

Todos en la cámara se levantaron, en una manera de dar la despedida y sus respetos a Reese Constantinescu, aquella bella y poderosa alfa a la cual todos se referían como “mi señora”. Ella era la máxima autoridad en todo Brestan, no solamente en su capital Dita. La mujer rubia, pues, se levantó de su lugar del senado, y procedió a retirarse, sin despedidas pomposas o siquiera palabras de agradecimiento. Apenas ella abandonó la cámara del senado, todos procedieron a hacer lo mismo.

Vaya si había sido un día ajetreado para ella. Tenían para empezar el problema de aquellos omegas y betas que estaban exigiendo sus supuestos derechos. Un grupo radical llamado Elefthería, que exigía un trato equitativo y oportunidades como los alfas. Era, por supuesto, una tontería pensar que criaturas tan inútiles y diferentes pudieran desempeñarse en un puesto o situación de la cual solamente los alfas estaban preparados. Sería un desperdicio de recursos públicos, y la primera entrada del país hacia la decadencia social, permitir que un beta, o peor aún, un omega, tuviera acceso a privilegios como lo eran la educación superior, política o siquiera trabajos que requirieran habilidades técnicas y específicas como ejecutivos, economistas... presidentes.

Presidentes, gobernadores, como ella.

Suspiró entonces, sin detener su andar hacia el elevador. Su figura de por sí era intimidante, siendo una mujer tan alta y que pareciese hecha de porcelana, y el ostentar el puesto de gobernante y presidenta de la Asociación por el Bienestar Social, la hacían algo parecido a un dios. Como si la mano de O Théos la hubiera creado exclusivamente para ser una diosa sobre la tierra. Eso debía ser Reese.

A pesar de que había prácticamente acabado su día laboral, había demasiados pendientes de los cuales tenía la necesidad de hacerse cargo. Una fiesta de caridad en la casa del diputado Fieschi era un ejemplo. Solamente tenía media hora desde este punto para cambiarse de ropa y ponerse presentable. Era una bendición y una decisión sabia el haber optado por acondicionar su oficina con una habitación contigua, donde pudo tomar una ducha mientras sus damas de compañía se encargaban de encontrarle un atuendo adecuado para la velada. Un precioso vestido de diseñador de seda negra y Georgette del mismo color, con acabados en hilo de oro blanco, y un abrigo pesado y elegante de color blanco eran la opción indicada.

En cuestión de incluso menos de media hora, se encontraba ya en la casa del diputado Fieschi,

Los invitados en cuestión, apenas ver a Reese llegar, se detuvieron de su andar con el único propósito de saludarla, alabar su atuendo, llenarla de cumplidos y adulaciones, mientras que la prensa se ocupaba en intentar sacarle información al respecto de Elefthería y de sucesos actuales. Reese, diplomática y misteriosa como siempre, no emitía ni una sola palabra hasta entrar al recinto.

—Mi Señora —apenas verla el diputado Fieschi, le sostuvo la mano para besar cada uno de los anillos de metales y piedras preciosas que enmarcaban los finos y esqueléticos dedos de la rubia.

—Es un placer verle esta noche, Fieschi —saludó ella, asintiendo al acto de discreta

humillación de aquel alfa, mientras volteaba a ver al joven omega que lo acompañaba en ese momento, de manera intimidante.

—Por favor, pase, la subasta de caridad se llevará a cabo en la sala principal —Fieschi dijo mientras la guiaba a la misma sin soltar el delicado tacto de la palma de ella.

—Es de su saber que me agrada ayudar a esta clase de eventos. ¿Qué causa estamos favoreciendo esta noche? —Constantinescu mencionaba con el tono dulce y a la vez firme de su voz, sin despegar la vista de aquel precioso jovencuelo omega que se aferraba discretamente del brazo de su esposo— Me temo que no me ha mencionado nada de su... precioso novio.

—Cierto, cierto, pero qué modales los míos. Mi Señora, le quiero presentar a Pietro, mi esposo —en ese momento, jaló de forma algo brusca el brazo, para hacer que el joven se presentara debidamente con ella. Así entonces, con temor y muy apenado, Pietro de Fieschi se hincó y tomó la mano de la albina para besar igualmente sus anillos.

—Es un placer conocerla, Mi Señora.

Reese asintió ante el acto, cosa que intimidaba mucho a Pietro. Terminó por levantarse de su posición para volver a aferrarse a la mano de su esposo, quien no dejaba de adular a la mujer. Fieschi era todo un palabrerío sin dirección alguna, y nunca se daba cuenta de lo que ocurría a su lado, como la manera en que Reese veía al joven, maldiciendo que estuviera ya evidentemente marcado.

Mientras avanzaban a la sala principal para la subasta en pro de una organización por la educación de los niños, Reese se acercó ligeramente a la oreja del diputado.

—La subasta de caridad es una cosa, muy interesante si me lo pregunta, pero, ¿esta noche nuevamente tendremos otra “subasta”? —la alfa preguntó con discreción, a lo cual el hombre robusto y casi tan alto como ella, asintió.

—A eso iba, Mi Señora. Le interesará quedarse una media hora después de la subasta de caridad. Esta ocasión trajeron nuevos ejemplares, estoy seguro que más de uno la van a cautivar.

Reese sonrió entonces, de manera complacida, mientras llegaban a la sala principal de la mansión. Tomaron un lugar en la primera fila, donde tenían la mayor visibilidad. En breve la subasta empezó, y la rubia albina se hizo de varios y curiosos objetos de gran valor comercial. El sirviente que la acompañaba se encargó de llevar tantos cuadros y reliquias de ornato a la limosina, incluso mandando a que las dejaran a la mansión de Constantinescu y volvieran antes de que ella deseara retirarse. No había mucho qué comentar sobre las compras hechas esa noche. Unos cuantos cuadros de estilos más o menos perturbadores, jarrones y muebles de diseños góticos, e incluso juegos de té de orígenes exóticos.

La subasta terminó de manera satisfactoria, con todo mundo admirado del poder adquisitivo de su querida y envidiada gobernante, halagando el mismo disfrazado de asombro por su generosidad. Anunciaron así la cena, y todo mundo pasó al comedor.

Tal como dijo Fieschi, una media hora a partir de que la subasta diera fin, se anunció el momento.

—Nuestros queridos omegas seguramente querrán un momento de esparcimiento —uno de las tantas alfas presentes mencionó—. Dejemos así a nuestros esposos convivir, en lo que vamos al otro salón a comentar de temas “de alfas”.

Los omegas presentes se voltearon a ver entre sí, asintiendo entonces. Era un momento ansiado tal vez por ellos, pues era un momento en el cual podían descansar de sus hartantes esposos y cotillear entre ellos. Actitudes femeninas que eran despreciadas y ridiculizadas tanto por betas machos como por los alfas. Y aunque era un alivio poder descargar en forma de chismes sus

frustraciones, algunos tenían una fuerte curiosidad en lo que diablos hicieran los alfas cuando se retiraban a la sala de estudio de Fieschi.

Podrían tal vez hablar de política, de deportes, de cosas meramente masculinas en las cuales los omegas no tenían cabida. Pero grande podría ser su sorpresa si se enteraran que cada vez que ellos se retiraban a la sala de estudio, realmente se movían a partir de ésta a otro lugar, una habitación debajo del primer nivel de la mansión donde el vicio y el desenfreno germinaban.

—Como les dije, esta noche tenemos ejemplares exquisitos y refrescantes —les dio la bienvenida con estas palabras una mujer alta y delgada, de cabello negro y ojos del mismo tono. Una beta preciosa—. Mi nombre es Della, y seré su anfitriona esta noche. Tomen asiento, mis queridos dignatarios, y permítanme presentarles la mercancía de esta noche. Chicas de pechos prominentes, muchachos de muslos tonificados, cuerpos delicados y femeninos, todos ellos perfectos ejemplares de belleza. Los omegas realmente eran una bendición, demasiado buena para el grupo de diablos ante los cuales estaban ahora.

Reese esta vez se hizo unas filas hacia atrás. Parecía huir de la vista del público, a pesar de que todos sabían que ella gustaba en especial de esta clase de subastas. Y ¿cómo no las disfrutaría? Siendo que era el pequeño mercadillo donde podía dejar su imaginación volar con aquellos dulces conejillos de indias. Así entonces, Della cogió la cortina del fondo para retirarla, mostrando así a trece preciosos omegas, desnudos y muertos de miedo y pena, empezando a desfilan ante aquellos alfas quienes empezaban a dejar ir sus instintos animales hacia ellos, silbándoles y haciendo comentarios vulgares de aquellos a quienes trataban como vil mercancía.

Los jóvenes desfilaban alrededor del escenario montado, y luego bajaban para caminar alrededor de los futuros dueños. Algunos llegaban a tocarlos de forma indecente en sus genitales, apretando o incluso metiendo los dedos en las cavidades reproductivas de cada uno. El espectáculo de depravación e inmundicia había dado inicio. Todos eran, tal como la pelinegra había prometido, “exquisitos”.

—La subasta tomará lugar ahora. Ya que han observado la mercancía, pasaremos a nuestro primer omega en venta —la voz de Della irrumpió entre los vítores de excitación y euforia, mientras los jóvenes asustados pasaban de nuevo al escenario. Uno a uno, así, se colocaron en fila paralela, mientras la maestra de ceremonias los iba llamando uno por uno, mencionando sus virtudes cual objeto y luego anunciar el precio inicial. Uno por uno iba pasando al frente, mientras los alfas del público ofertaban pujas de alto valor monetario. Reese se mantuvo en silencio, pues no le interesaba ofertar en ninguno de ellos excepto aquel moreno que había visto en el desfile. Le recordaba mucho a Pietro Fieschi, pero éste omega anónimo tenía una apariencia aún más delicada. Seguramente era reciente su asignación, así que no debía pasar de precisamente los diecisiete años. Era sin duda bello, y no podía esperar a saber cómo sería el aroma de su celo, cómo se sentiría su interior.

—La siguiente adquisición lleva por nombre Issei, es el omega más joven de nuestro repertorio, y está a posiblemente pocas horas de tener su primer celo. Fue adquirido apenas hace tres días, y no tiene mucho de haber recibido su prueba. La oferta empezará en diez mil dalers crecientes.

El precio era alto, si se podía decir. Los omegas anteriores no habían rebasado el precio de venta de ocho mil dalers crecientes como precio final, y éste iniciaba con una cantidad tan alta para ser elevada aún más. Claro, el precio de una virginidad sí que lo valía. Era el precio de una flor recientemente germinada. Un botón de rosa que apenas iba a abrir sus pétalos, esperando ansiosamente a ser desflorado.

Alguien en el fondo exclamó la cantidad de diez mil dalers crecientes, cosa que hizo a Constantinescu alzar su paleta de subastas y entonces añadir cinco mil a la cantidad. Una batalla pequeña de pujas empezó, pero ella no había nacido para perder. Todo lo que quería lo conseguía de una forma u otra, y esta no sería la primera vez que probara la derrota.

—Veinte mil dalers —aquel caballero exclamó, lamiendo sus labios como imaginando probar las dulces mieles que aquel moreno le pudiera ofrecer.

—Treinta mil dalers —dijo así Reese, volteando a ver al otro alfa, con aires de superioridad.

—Cuarenta.

—Cincuenta.

Al rozar la cifra de ochenta, el otro se detuvo. Era demasiado evidente que empezó a fanfarronear en cuanto mencionó los cuarenta mil, pero la emoción de quizá poderle arrebatar algo a la suprema gobernante de Brestan le hizo ir más allá. Qué suerte que el atisbo de razón que le quedaba le hizo detenerse.

—Así que, ochenta mil dalers a la una, a las dos... vendido a nuestra Señora Reese Constantinescu —Della anunció así, mientras unos hombres altos le colocaban al muchacho un collar metálico y una correa, cubriendo después su desnudez con una manta oscura—. No se preocupe, Mi Señora, enviaremos al muchacho a su mansión como siempre —mencionó al acercarse Reese, para recibir su comprobante de pago.

—Espero que éste sea bueno. El último se murió en pleno acto, necesitan encontrar ejemplares que resistan los juegos fuertes —Reese le mencionó como un cliente que va a comprar un nuevo tostador después de que el anterior se averiara. Ante sus palabras, Della no pudo evitar tragar un poco de saliva, puesto que no era algo sorprendente que los omegas que la albina comprara terminaran en terribles condiciones. Aterraba pensar la clase de barbaridades que podría llegar a hacer para que pasaran esas cosas.

—Durará, es un muchacho de campo. Los chicos de campo son muy fuertes y aguantan bien.

—Cuento con ello —Reese guardó la nota en su bolso, la cual estaba notariada como parte de la subasta. Un donativo en blanco que serviría para despistar cualquier sospecha.

Reese así subió de nuevo y salió de la sala de estudio, despidiéndose de los omegas que conversaban y bebían con prudencia. Los sirvientes del recinto le acompañaron hasta su limosina, y así emprendió el camino a casa. Durmió unos cuantos minutos, quizá unos veintitantos, antes de que el auto se detuviera y el chofer le anunciara la llegada. La rubia se despertó poco a poco, estirando sus brazos para espabilarse un poco, antes de salir del vehículo. Sus sirvientes ya estaban esperando a su llegada, y habían preparado un refrigerio ligero para que, en el caso de llegar bebida, la resaca mañanera no le fuera a dar tan fuerte como usualmente. Pero no era necesario, apenas si probó la champaña y el vino de la cena fue de un grado muy ligero. No podía beber hasta perder el conocimiento, no cuando seguramente ya estaba su nuevo juguete esperando a ser estrenado.

—¿Ya lo trajeron? —preguntó a su mucama personal, una beta de aspecto apacible.

—Así es, no tiene más de diez minutos que arribó. La espera ahora en el cuarto de juegos —la beta le hizo saber de aquello. Issei seguramente habría de estar dormido en estos instantes, o a punto de dormirse. Tal como eran las reglas de Reese cuando se trataba de una nueva adquisición, no se le daba nada de comer y beber, a menos que se le notara a punto de la inanición, cosa que Issei no presentaba. Era demasiado obvio lo recién que fue su secuestro de la granja de sus padres.

Reese llegó a su habitación, despidiendo a la mucama y mandándola a dormir tras besar su

frente. Cerrando la puerta tras de sí, fue a deshacerse de su vestido y a ponerse la bata de dormir. Estando lista, desmaquillada y con el cabello suelto, pasó a una puerta que estaba en el fondo de su habitación, cubierto con cortinas pesadas y gruesas. De su collar colgaba una llave pequeña, que servía para abrir el cerrojo de dicha puerta. Ella era la única persona que tenía dicha llave aparte de su querida mucama. Al abrirla, se encontró con un pasillo que la condujo hasta el tan querido y afamado cuarto de juegos. Y, tal como la mucama le dijera, Issei se encontraba ahí, recostado en la cama y más dormido que despierto. Se le notaba apacible, seguramente Della no lo estaba cuidando bien. O quizá fue el miedo que no le dejaba dormir bien en los días anteriores y hasta apenas pudo conciliar el sueño. Nuevamente echaba la culpa a Della, pues era de saber que escatimaba mucho los gastos con respecto a los cuidados de su mercancía, y tenía en su escondite camas de pésima calidad, con colchones viejos, con los resortes de fuera. Duros como piedra.

—Despierta, querido Issei, necesitamos conocernos un poco —sentada a un lado de él en aquella cama de terciopelo y satín, Reese acariciaba la mejilla de su querido omega, acercándose a aspirar su aroma. Olía a canela, a un rol con canela recién salido del horno. Pronto tendría su primer celo y ese exquisito aroma que empezaba a desprender era la prueba, y le causaba emoción a ella ser la primera en probar su fruta.

Issei se fue quejando ligeramente, como si hubiera llegado a pensar que lo ocurrido estos días había sido un sueño, y esperaba que al despertar viera a su madre, aquel omega mayor y cariñoso, que le anunciaba que había tenido nuevamente una pesadilla y casi cae de la cama. Ah, ¡cómo esperaba eso! Pero notó que había sido mejor eso un sueño, cuando vio el rostro alargado y de facciones delicadas pero imponentes de Constantinescu.

—Espero que hayas descansado bien estos, diez minutos —Reese adoptaba usualmente un tono de voz dulce y endiosado. De hecho, sus palabras usualmente tenían ese toque divino que suelen tener los líderes religiosos. Brindaba confort a todo aquel que le escuchara, pero, así como era algo cómodo de escuchar en sus discursos y anuncios, creaba también un ambiente de terror y estrés en situaciones como ésta—. Seguramente te preguntas qué te haré, o qué es lo que harás mientras te tenga aquí. Así que te explicaré por lo menos, lo que pienso hacer antes de dormir esta noche. Oh, pero... ¿qué tal si en vez de una explicación, te demuestro lo que haré?

Issei no podía hablar, tanto seguía adormilado, como estaba nervioso de lo que sea que la mujer fuera a hacer en ese momento. Pero esa pregunta estaba por ser contestada, al momento en que la vio bajar su rostro hacia el suyo, besando delicadamente sus labios. Los movía con caricias como aquel que quiere saborear y aprenderse cada grieta de la carnosidad de la piel, pero ese encanto se rompió cuando recibió la primera mordida. Reese estaba mordiendo su labio inferior, con una fuerza progresiva hasta que le hizo sangrar. Issei se quejó entonces, intentando quitársela de encima y sin poder aun pronunciar palabra alguna. Pero olvidó por un momento que se trataba de una alfa, y le fue recordada dicha condición cuando con tremenda fuerza ella le tomó de las muñecas y alzó los brazos del chico por sobre su cabeza.

—Sé bueno, es obvio que no quieres que te castigue —el tono dulce y casi divino de la voz de ella se vio de repente ensombrecido y fue el causante que de repente se asustara. Issei empezaba a temblar ligeramente del cuerpo, como un conejo que teme a su depredador.

Dicha reacción se volvía más tentadora para la mujer, quien sonrió de manera orgullosa, burlona.

—Tienes que saber que me excita cuando mi presa intenta escapar. Yo soy un lobo, y tú eres un dulce y frágil venado, mi querido Issei —su voz sonaba aun en ese tono, pero con un toque de

vicio terrible. Y fue así, que, tras estar en esa intimidación constante con el otro, subiendo cada vez más encima suyo y frotando su intimidad contra él, puedo escuchar por primera vez su voz.

—Por favor, déjeme ir...

La voz de Issei era maravillosa. Tan trémula, de un tono un poco profundo, pero aun así no lo suficientemente varonil. Era perfecta, hacía tanto juego con su apariencia, con sus facciones tan rectas y su piel de tono tostado, y su cabello negro, brillante como el ébano.

—Qué bella voz tienes, ahora quiero escuchar tus gemidos —Reese empezó a rozar nuevamente los dedos contra el ano del muchacho, su cavidad reproductiva. Aprovechaba cada centímetro de piel que la desnudez de Issei le regalaba, y éste se aguantaba así las ganas de gemir. Misión fallida, puesto que aun cuando su boca permanecía cerrada o sus dientes se apretaban entre sí, en su garganta emanaba el sonido de delicados y profundos gemidos mientras era dedeado por la mujer. Los amplios dedos de la rubia se movían por la extensión de la cavidad anal de Issei. Era muy obvio por la forma en que los movía y abría que no era la primera vez que brindaba estos servicios a algún omega. La desventaja de los hombres omegas era que contaban únicamente con una entrada. En cambio, las mujeres tenían la vagina y el ano. Los hombres compartían dicho conducto por alguna razón. Pero si bien eso era una razón para tenerle algún nivel de asco a los hombres omega, Reese los encontraba especialmente eróticos.

—Dime qué se siente tu primera vez siendo acariciado por dentro —le decía al oído, escuchando atenta las negativas a responder o a siquiera gemir—. Tengo que reconocerlo, estás en especial apretado. Quiero imaginar que tendré que dilatarte bien antes de meterte mi verga hasta el fondo.

La diplomacia y buenos modales de Reese de repente se vieron desvanecidos, encontrando ahora a una versión vulgar y perversa de ella. Ni siquiera con sus amistades más cercanas llegaba a pronunciar una mala palabra. Alguna vez alguien le dijo que ella era como una diosa entre mortales, y ella se lo creyó, por lo que ocultaba todo defecto de ella, desde algún defecto físico, como el no tan firme vientre que poseía, o las ligeras marcas de caídas que sus piernas fueron ganando en su infancia y que no se lograron desvanecer por completo, hasta lo oscuro de su alma. Mantenía como secreto ese atisbo de oscuridad que tanto le fascinaba. Qué daría por dejarlo relucir, pero era por el bien de todo Brestan que ella debía permanecer con esa imagen inmaculada. Ella era, en efecto, una diosa, una mensajera de O Théos, y por ello estas perversiones se las reservaba para sí misma.

Fue abriendo los dedos como un par de tijeras en el interior de Issei, quien había empezado a rogar porque le dejara en paz. Cerraba sus piernas e insistía en que no lo disfrutaba, pero su cuerpo sensible y lo cercano de su celo lo dejaban en evidencia, no solamente al mojarse a causa del éxtasis, sino que también su aroma iba en aumento, inundando el ambiente y viciándolo con ese inocente aroma a canela. Reese aspiraba ese aroma que poco a poco le iba sacando lo más primitivo de su comportamiento sexual.

—Dime que lo deseas, que te coja tan fuerte que inutilice tus piernas por un día o dos. Anda, di que quieres que te folle con violencia, porque al menos eso es lo que yo quiero —decía como una orden, pero Issei seguía negándose.

—Suélteme, permítame volver con mi familia... aaah~ juro no decir nada de lo que está haciendo... —entre gemidos, el joven moreno le rogaba, pero era inútil rogar por clemencia.

—No quiero, he pagado demasiados dalers crecientes por ti, sería echar el dinero a la basura. Así que, aunque no me lo pidas, te voy a follar con fuerza —la advertencia estaba hecha, y se volvió una realidad cuando sacó sus dedos, y se levantó de encima suyo para quitarse la bata.

Mostró entonces su enorme falo. Demasiado exagerado para cualquier alfa. Incluso uno podía llegar a preguntarse cómo ocultaba aquel monstruo al usar aquellos vestidos entallados que eran de su costumbre. Issei incluso pudo temblar, pero gracias a la estimulación, y las preparaciones de Della de ese día, empezó a sentir un terrible calor adueñarse de su cuerpo. Su cavidad empezaba a chorrear fluidos como si fuera una boca salivante, hambriento de aquel enorme pene que Reese le presumía. Al verse libre del agarre de las manos de la alfa, se fue levantando poco a poco. Sus propias hormonas lo estaban traicionando, y su mente empezaba a nublarse. El calor lo estaba haciendo su rehén, y se fue acercando de a poco, cosa que Reese aprovechó perfectamente.

Issei se acercaba a gatas en la cama, mientras que Reese se mantenía erecta —en postura y en cuanto a su miembro—, arrodillada y acariciando el rostro del muchacho como si de un cachorro se tratase. Sostuvo entonces el falo con una mano mientras con la otra le proporcionaba caricias, las cuales fueron sustituidas por los ligeros roces con la cabeza del pene. Issei lo sentía suave, y lentamente iba ansiando más el probarlo. Intentó hacer que entrara a su boca entre esos roces, pero Reese lo castigó con el golpe de su verga en la mejilla del muchacho.

—Yo soy tu dueña, yo te diré qué hacer y cuando —dijo con voz dominante. Su voz adquirió de repente un tono grueso e intimidante, al cual Issei no se pudo resistir, asintiendo nada más.

Cerraba incluso los ojos para disfrutar el roce y hasta el aroma de semejante serpiente que yacía erecta entre las piernas de la soberana. Y estaba tan ansioso que fue inevitable que llevara una mano a su entrada chorreante para satisfacer sus ganas. Era un nivel de degradación disfrutable, en el que, fuera consciente o no, ambas partes estaban de acuerdo. Seguramente si le preguntaba a Issei en estos momentos si de verdad quería follar, la respuesta sería que sí. Incluso hizo la prueba, y tal como predijo, recibió una afirmativa.

—Dime qué tanto deseas que te la meta —ordenó Reese, con su voz de alfa.

—Quiero que me la meta hasta el fondo, que me rompa y sienta el golpe en mi vientre —las hormonas lo hacían hablar de esa forma. Él normalmente era un muchacho tranquilo y educado, caballeroso y más que nada, pudoroso. Pero estaba afrontando de forma apresurada su primer celo. Della les había administrado hormonas esa mañana para que se desataran en la noche, y estaba funcionando de manera formidable.

Reese no lo hizo esperar más. Lo hizo voltearse mientras aún estaba colocado en cuatro, y una vez con las manos sosteniendo su cadera, fue golpeando con la cabeza del pene la entrada, esperando haberlo dilatado lo suficiente. Pero como ella había dicho antes, Issei era bastante estrecho, y para el tamaño de la verga de Reese, iba a ser problemático. Issei soltó un gemido repentino que se escuchaba doloroso, al momento de sentir el falo invadir su cavidad anal. Sentía entonces que lo podría romper con el solo acto de entrar. Podía sentir cada músculo de su ano rasgarse ante el paso del pene de Reese, pero sería por la droga de Della o las hormonas que estaba generando, que Issei se dedicaba en alabar el tamaño y la textura de la verga de la alfa.

—Aaahh~ duele, pero... quiero más —exclamaba, cambiando progresivamente el tono de su voz, desde un leve susurro hasta un repentino grito.

—Así es como te gusta, ¿no es así? Tu interior es tan caliente... me pregunto si sangrarás más por la ruptura del himen o porque te destrocé el culo —la albina se tomaba en serio, muy en serio su papel de dominante, y se dejaba perder ahora en el exquisito placer que le proporcionaba el apretado ano de su omega.

El aroma de su celo hacía que sus sentidos se entorpecieran. La esencia de canela que emanaba de los poros de Issei la hacía enloquecer y comportarse de una manera bestial, que empeoraba conforme avanzaba. Lo que pareció una eternidad, la primera estocada, finalmente se había dado.

Su pene estaba en el interior de la cavidad anal de Issei, y fue cuando Reese empezó a moverse. Entraba y salía primero de forma rítmica, y conforme iba cogiendo ritmo, las embestidas se iban tornando más fuertes. Issei apenas tuvo un momento para descansar como era debido, antes de que sus gritos de placer siguieran naciendo de su garganta. Sentía, en efecto, el ardor que dejaba en su entrada por el tamaño de la deliciosa verga que se cargaba la Señora, y como alivio solamente se podía aferrar a las cobijas de delgado terciopelo color rojo vino.

El punto del orgasmo llegó en cuanto Reese se rindió ante sus instintos. El acto podría ser demasiado simple ahora, pero esa intensidad con la que lo penetraba, y la manera en que Issei gritaba de placer hasta hacer cada palabra inentendible era lo que hacía tan único y delicioso el acto. Reese gimió profundamente cuando se corrió en el interior del muchacho, sacando poco a poco su falo, notando cómo el semen se mezclaba con la sangre, y de hecho su miembro tenía una ligera capa del fluido rojo. Era la primera vez, si se permitía la sinceridad, que estaba con alguien netamente virgen. Ni una sola muestra de masturbación en su cuerpo, ella lo había estrenado en su totalidad, y lo mejor es que a Issei parecía haberle gustado.

Issei estaba hecho mierda, sus piernas ya no aguantaban. Tanto así era, que apenas ella salió de su interior, el muchacho cayó en la cama. Respiraba agitado, y apenas si sentía que su deseo se había saciado. El calor en su cuerpo iba bajando, pero el aroma a canela que emanaba de su persona no disminuía. Reese se acercó a él a aspirar mejor ese exquisito y relajante aroma, besando sus hombros como si quisiera comprobar que su piel tuviera un sabor acorde con el aroma.

—Lo hiciste bien, las siguientes veces no seré tan condescendiente, querido Issei —Reese decía, volviendo al mismo tono dulce y divino que todo mundo le conocía—. Descansa ahora, que las próximas noches eso será algo que no puedas hacer.

2

La mañana empezó como cualquiera. Reese se levantó y se duchó, al ser fin de semana no había necesidad alguna en apresurarse al trabajo. No había oficina ese día ni eventos oficiales, pero no por eso podía descuidar su imagen. Su estatus y casta no le permitían darse un sábado de flojera. Al salir de la ducha, de inmediato fue hacia su tocador a colocarse una mezcla curiosa de cremas y lociones, que le proporcionaban los cuidados necesarios para que su tersa piel de porcelana se mantuviera como tal. Pronto fue a su armario, un enorme mueble que contenía infinidad de vestidos, sacos, incluso pantalones para eventos que requirieran más movilidad. Estaba preparada tanto para una visita en la embajada de uno de los países vecinos, como para una tarde en el campo ecuestre de algún querido amigo.

Optó al momento por algo sencillo de usar, un vestido entallado de color coral, con el escote cuadrado y en V, que remarcaba sus firmes y prominentes pechos. No tan grandes como para ser considerado exagerado, pero en definitiva no se podía decir que fueran pequeños. Una bella y saludable copa C. Tras peinar su cabello dorado claro en una trenza, se dirigió a desayunar. Poco después saldría a hacer unas cuantas compras, así que llamó a su mucama personal, aquella joven beta.

—Emily, saldré unas cuantas horas. Por favor, sube a alimentar a Issei. Ya sabes, cosas de fácil digestión y que no contengan calorías difíciles de quemar.

—Entendido, Mi Señora —la mucama beta respondió, haciendo una ligera reverencia mientras su cabello castaño caoba caía ligeramente en su frente. Reese levantó los mechones con sus dedos, para despedirse besando su frente otra vez.

—Ah, antes de que lo olvide, Issei debe seguir en celo. Si cuando entres se te llega a ofrecer como gata caliente, métele un dildo encendido —fue la última indicación de Constantinescu antes de tomar su bolso y llamar al chofer para salir.

Emily obedeció, y apenas ver a su ama irse, atendió a sus órdenes. Preparó un platón con vegetales. Dicen que la comida verde es esencial para mantenerse sano y en forma, así que se aseguraba de alimentar a los omegas que su ama compraba de forma por poco más vegana. Intentaba no darles demasiada fruta, pues contiene azúcares que a la larga se convierten en grasas que son difíciles de quemar aun en el sexo.

También tenía en mente los métodos anticonceptivos. Conseguiría algunas inyecciones hormonales para darle al omega, y así prevenir algún embarazo no deseado. Sería una lástima tener que ver nuevamente algún omega pasar por un aborto con el cual no estaban de acuerdo. Era difícil trabajar en esas condiciones para la Señora, pero no solamente ganaba bien, sino que cada vez se convencía a sí misma de que podría ganar pronto su favor, y esa atracción que sentía hacia la alfa podría ser correspondida con el pasar del tiempo.

Subió con el plato de comida a la habitación de Constantinescu, y abrió poco después la puerta hacia la habitación de juegos. En la cama, retorciéndose por el calor, se hallaba Issei. Emily lo miró con cierto desagrado, no le gustaban para nada los omegas que la Señora elegía como sus juguetes. Pensaba en ellos —y exclusivamente en ellos— como criaturas lascivas detestables. Podría ser hipócrita de su parte, siendo que la mayoría del tiempo no estaba muy de acuerdo con la manera en que algunos omegas que ella conocía eran tratados, pero específicamente los omegas

que Reese compraba se le hacían detestables. Tenía la creencia de que ellos mismos se vendían a la soberana, con tal de probar las mieles de su dinero y belleza, cosa que terminaban peor que decepcionados. Era un choque de sentimientos curioso. Una parte de ella los odiaba, y otra sentía compasión por ellos.

Al verlo, pues, caliente y masturbándose, dejó el plato en una mesa contigua a la cama, y de uno de los cajones que se encontraban en la base de ésta, sacó un vibrador. No era muy grande, pero como desconocía aun qué tan abierto estuviera el muchacho, serviría por mientras. Lo encendió así antes de subir a la cama, viendo sin dar pausa alguna cómo se retorció debido al intenso calor de su cuerpo, y sin que llegara a siquiera esperarlo, lo introdujo de golpe. Si a Issei le dolió, no sabía ni le interesaba, suponía que con la lubricación interna ya era suficiente.

—Con eso deberías empezar a calmarte. Ahora come, seguramente mueres de hambre. Mi Señora dijo que te alimentara, así que eso haré. Abre la boca —le indicó al muchacho a la vez que se sentaba a la orilla de la cama y le ofrecía algunas de las hojas de la ensalada con un tenedor. Issei apenas si podía responder, y no abrió la boca a excepción que para dejar salir unos cuantos gemidos, mirando a Emily atento.

—Qué desagradable, no puedo creer que existan omegas tan promiscuos como tú. Tan sólo mírate, esperando a que una verga más grande te coja por todos tus orificios —ni le hacía puta gracia a la castaña estar ahí, y verlo en ese estado sólo le causaba una repulsión anormal. Esa mueca pasó a convertirse en un rostro sorprendido cuando Issei la tomó del brazo, y en voz trémula, con una expresión de sufrimiento, le dijo Ayúdame.

No comprendía la razón de la esa petición, ¿ayudarlo a qué? Y estaba por hacer que soltara su mano antes de que él tomara los dedos de la chica y empezara a lamerlos. Se veía desesperado, frustrado incluso, mientras apretaba las piernas para quizá sentir mejor el dildo en su cavidad. Y Emily intentaba quitarle su mano para que la dejara, pero estaba tan sorprendida que se dejaba. No lograba despertar en ella alguna sensación que no fuera hasta ahora miedo e incomodidad, pero ahora entendía a qué quería que lo ayudara.

—De acuerdo, te ayudaré a sentirte mejor, pero al acabar tendrás que comer. Mi Señora me matará si no te alimentas correctamente —pensaba mejor en la manera más viable de cumplir las encomiendas de su ama, a mucho pesar de que debía de tener contacto con ese muchacho que consideraba sucio e inmoral. Era una hipocresía de la cual aún no se percataba. Le echaba la culpa al muchacho que estaba siendo obligado a servir de juguete sexual, e indultaba a la alfa que lo había comprado con dicho propósito.

Issei permanecía en silencio, con el rostro enrojecido y apenas abriendo la boca para soltar gemidos quebrados, casi inaudibles. Emily subió así a la cama para tender al muchacho boca abajo, y así tener una disposición más amplia de su trasero y espalda. Por un momento se detuvo a escuchar el sonido del dildo vibrando, sumado a la respiración agitada del moreno. Tomó la base del juguete, y empezó a moverlo lento, sacándolo hasta la mitad antes de volverlo a entrar. Pudo notar con el más mínimo movimiento en cuanto lo tomó con las manos la forma en la que la piel del muchacho se erizó. Era hasta cierto punto fascinante.

Estaba nerviosa, pero era interesante la reacción ante los movimientos, escuchando los gemidos que daba el muchacho. Recordó en ese momento, como si hubiera olvidado lo básico de biología, que el muchacho también poseía un pene. Bajó su mano libre para buscar entonces el mismo con las manos, encontrando un falo de considerable tamaño erecto. No era enorme, pero suponía que sí tenía la capacidad de satisfacer a alguien. Comenzó a rozarlo con sus dedos, escuchando el gemido entrecortado de Issei.

—Seguramente eso se ha sentido bien —mencionó mientras acariciaba la longitud del pene, bajando hasta la base para acariciar los testículos, sin dejar en paz el vibrador.

—E-es difícil... ella no hizo eso anoche... —el punto de comparación era inevitable. Emily era su segunda experiencia sexual, y comparado con la salvajada de la noche anterior, esto se sentía calmado, aunque más disfrutable— Te lo ruego, hazlo lento...

Emily mordió su labio. Encontraba la situación extraña, pero hasta que apretó sus piernas fue que pudo comprobar que ella misma se estaba humedeciendo. Tuvo que dejar el pene de Issei un momento para llevar la mano a su falda, apretando la tela a la altura de su monte Venus, apretando encima del mismo para comprobar que estaba sensible de la zona. Era tan incómodo y vergonzoso. Issei volteó por un momento para ver el por qué se detuvo de masturbarlo, y notó la forma en que se agarraba encima de su intimidad. La castaña no era muy consciente, pues llevaba su atención al dildo que seguía moviendo en el interior del otro, y a la sensación cosquilleante que demandaba ser atendida.

Se sentía como una extraña comezón justo en el interior de sus labios, que rogaba por ser extinguida con el roce de algunos dedos magistrales. Cerró los ojos por un momento, ignorando el mundo entero, y tan sólo por encima de sus bragas fue acariciando la abertura de su vulva. Suspiró al hacerlo, sintiendo con la yema de sus dedos el ligero rastro de viscosa humedad que el fluido vaginal iba dejando.

Cuando se dio cuenta, Issei se había levantado hasta hincarse en la cama, cara a cara frente a ella. Lo supo desde el momento que se levantó al soltar irremediamente el dildo. Ella lo miró entonces, avergonzada de que seguramente la vio acariciarse, pero él se notaba tan sumiso por el calor del celo, que la hizo abrir las piernas un momento para bajarle las bragas y acariciar así en el interior de su vulva.

—J-joven Issei —con trabajo y podía atinar al nombre del chico, puesto que solamente lo sabía por las indicaciones que la Señora le dio.

—Déjame pagarte por tus atenciones —le pidió el moreno, con voz dócil y profunda, aunque no lo suficientemente grave para ser llamada “masculina”. Aun así, consciente de la naturaleza beta de la muchacha ante la falta de un aroma de apareo, se acercó a ella y levantó la falda de su uniforme de mucama, empezando a lamer en el interior de sus labios.

Emily emitió así un gemido ahogado, intentando en primera instancia quitárselo de encima, pero rindiéndose casi de inmediato al dejarlo seguir mientras hundía los dedos en el cabello lacio y un poco crecido del muchacho. Su lengua se sentía tan bien, calmando esa sensación de comezón que la tenía vuelta loca desde que empezó. Justo en el interior de los labios, se sentía tan delicioso, mientras su vagina iba lubricando más y más.

Por supuesto que el omega estaba más que a gusto haciéndole eso. Si era sincero, jamás imaginó siquiera en comerse un coño como estaba haciendo ahora. Nunca pensó en que podría estar en una situación de este tipo en general, siendo que lo habían secuestrado, vendido y ahora tenía un dildo metido y estaba lamiendo los labios vaginales de una beta. Tal vez eran las hormonas hablando, pero no estaba nada mal aquello. Es más, la chica lograba excitarlo con esa indiferencia que solamente se borraba cuando la atendía bien.

—Ey, Issei —Emily dijo entonces, entre un par de gemidos—, ¿hay alguna diferencia importante entre hacer esto y ser atendido por Mi Señora? —el omega asintió con la cabeza.

—Mucha... el vibrador se siente inerte, comparado con el pene de esa alfa...

—¿Qué tal se siente su pene?

—Es monstruoso —en ese momento se detuvo, solamente para empujarla y hacerla recostarse

en la cama. Como si se tratara de un acto reflejo sexual, al caer ella abrió las piernas, invitándolo a seguir con lo que hacía.

Ahora aprovechó a meter un par de dedos en su chorreante vagina, cosa que él se sentía cada vez más cerca del orgasmo. Le causaba cierto ruido que Emily preguntara de vez en vez cómo se sentía tener sexo con Reese, pero lo pasaba por alto. Tenía una fuerte necesidad por atender y lo mejor era aplacar esa sensación que le quemaba las entrañas con sexo, con quien fuera. Lo que sea esa mierda que le inyectaron el día anterior, parecía ser potente. Eso, o sus celos eran simplemente así de intensos. No lo sabía con certeza, pues era la primera vez que afrontaba uno.

La beta ahora gemía, había decidido no aguantar más su voz. Total, nadie los escucharía y Reese tardaría mucho en sus compras. Pensaba que no habría manera en la que fuera descubierta jugando con el esclavo personal de su ama. Pero olvidaba lo sensible que es el olfato de los alfas, aun sin estar necesariamente en celo. Dejó de pensar en cualquier cosa, cuando de repente en sus piernas sintió el semen del muchacho. Se había corrido por fin, y si sus cuentas estaban bien, habían aguantado bastante.

—Supongo que nunca has hecho uso de tu pene, ¿no es así? —le preguntó Emily, quien aun no estaba del todo satisfecha, ahora cambiando la posición y siendo quien recostara ahora a Issei sobre las cobijas, moviendo nuevamente el dildo que seguía en su interior.

—N-no, esta es la primera vez que hago todo —decía aun con la voz temblorosa, aunque mejor regulada que antes.

—¿Te importaría si soy quien lo estrena? Dudo que Mi Señora le haya dado un uso como es debido.

Acto seguido, volvió a masturbarlo. Estaba ya caliente, muy caliente, y quería también probar las mieles del sexo. Hace tanto que no tenía sexo con alguien que estaba perdiendo la cordura de tan solo ver cómo se volvía a erguir. Era la primera vez del muchacho, así que lo mejor era lubricarlo primero, y qué mejor que metiendo el falo en su boca, succionando y empapándolo de saliva para hacerlo más resbaloso. Issei se encargaba de gemir más, al no poder creer que en serio estaba siendo estimulado de ambos lados.

Por supuesto que los omegas también podían tener sexo con otros omegas o betas, pero no era algo que la sociedad aceptara del todo. A fin de cuentas, los omegas eran incubadoras andantes, y que llegara a saberse que una hembra beta había sido penetrada por un macho omega sería escandaloso. Emily no tendría que dar muchas explicaciones, pues estaba en su naturaleza el requerir de un macho para satisfacerse, pero Issei se metería en terribles problemas si se llegaba a saber. Problemas en especial con Reese Constantinescu, la soberana y líder de la Asociación por el Bienestar Social. Esa asociación que manejaba las finanzas, la religión, la educación y la moral. Si había algo en especial que un omega debiera tener, eso era la ABS.

Pero la moral se podía ir al carajo en estos momentos. Pensaban con su sexo en vez de con la razón. Al tenerlo bien lubricado, Emily metió el dildo hasta el fondo sin haberlo apagado, y en su lugar aumentar la intensidad de las vibraciones. El moreno soltó un grito de dolor al aun no acostumbrarse, pero una vez adecuado a la sensación, la castaña subió encima suyo, empezando a ensartarse en su pene.

El moreno soltó un gemido ahogado al sentir la calidez del interior de la beta, moviendo como acto reflejo la cadera para embestirla. Emily cerró los ojos con dicho movimiento, igualmente gimiendo de placer. Pero qué delicioso era hacer lo incorrecto, el pecado era tan exquisito. No debía adecuarse a ello, no debía acostumbrarse. Ya saliendo de su turno buscaría a cualquier beta que le hiciera lo mismo que hacía Issei, incluso puede que haya alguien ahí afuera que lo haga más

rico. Pero por el momento, se dejaba llevar y se iba moviendo encima del muchacho.

Emily iba de arriba abajo lentamente, sintiendo cómo el pene de Issei se movía. De vez en cuando hacía un curioso vaivén con sus caderas, desde delante hacia atrás, a lo cual el omega se volvía loco de la mera sensación. Y ella no atinaba a decir más cosas que indicarle cómo moverse, o qué tan fuerte embestir. Issei, de quien aún no conocía el apellido, era un total novato, que iba aprendiendo apenas los placeres del sexo a la fuerza. No era como si estuviera cien por ciento de acuerdo con lo que estaba pasando, pero por el efecto de su celo era como una especie de cura que lo regocijaba.

Con cierta timidez, acercó sus manos temblorosas a las caderas de la mucama, mientras ella mantenía su falda alzada con tal de que viera la forma en que su cuerpo se alzaba y su coño besaba la piel de él. Apenas tenerla entre sus manos, apretó su agarre y la fue bajando también, intentando marcar un ritmo que ella no le permitía.

—Vaya... ¿Seguro que seguías siendo virgen? —le preguntó ella, puesto que ese era un acto curioso, no necesariamente imposible para alguien que recientemente se había estrenado, pero sí era motor para molestar e intimidar.

—Esto... ahh~ se siente bien así —Issei decía mientras la bajaba torpemente, intentando aun encontrar su ritmo, cosa que no le salía.

Emily ya había tenido encuentros desde incluso antes que fuera revelada su casta. Era más fácil identificar a una mujer beta que a los demás, puesto que ellas contaban con ese capricho hormonal llamado ciclo menstrual. Tuvo su primer periodo a los doce años, y aunque ya era bastante obvia su condición de omega, tuvo que hacerse el examen al cumplir los diecisiete, el cual sólo vino a confirmar esa minúscula obvedad. Era una chica que gozaba de disfrutar una sexualidad abierta, aunque eso a veces le hacía que le costara encontrar una pareja estable. Muchos hombres la encontraban como una sucia, una puta, solamente por ejercer su sexo como ellos hacían.

Quizá fue eso lo que la llevó a trabajar para la mansión de Constantinescu, siendo que la encontró como espectadora en una de tantas subastas ilegales. Emily era una visitante únicamente, viendo la mercancía a pesar de no poder comprarla. La gente como ella usualmente iba para conocer gente de poder y así tener un affaire divertido que, dicho sea de paso, la sacara de algún apuro. Era posible decir que ambas hicieron cierta química, pero, aunque no terminaron en la misma cama, la seducción y atracción fue evidente. Reese entonces le ofreció un trabajo que al inicio fue de medio tiempo, y poco a poco se convirtió de plaza. Fue así que se mudó a la mansión, y obtuvo unos cuantos privilegios como ser la única que conociera y tuviera acceso al cuarto de juegos.

Ambas tenían una relación extraña, pero que definitivamente funcionaba. No había nada sexual por más que Emily lo deseara. Había sumisión, pero no de la que ella pudiera disfrutar. Pero lo que sí había era cariño y detalles pequeños que la hacían sentir querida. Esos besos en la frente, el que a veces Reese jugara con su cabello, besos en las mejillas y caricias en el mentón. Eran cosas que podía disfrutar, pero que la dejaban con hambre de mucho más. Quería pertenecerle a la albina, que la marcara incluso, que la convirtiera en su esclava sexual para no tener más necesidad de comprar muchachos secuestrados y drogados que se le morían al no poder soportar. Ella resistiría, ella sería la indicada.

Se iba moviendo encima de Issei cada vez más, con fuerza, con cierta violencia. Quería que llegara tan dentro como pudiera, que se corriera en su interior y que eso a la vez le hiciera al muchacho explotar de placer al ser complacido por ambos lados. Issei, en efecto, enloquecía con aquella manera de saltar encima suyo. Aun cuando seguía vestida del torso hacia arriba, podía ver

claramente cómo sus senos rebotaban sin parar, y quisiera o no, le atrajeran las mujeres betas o no, daban ganas de estrujarlos, detenerlos con las manos.

Era muy pronto para llegar también a desvestirse por completo, pero Emily parecía exigir que sus senos fueran maltratados. A falta de tiempo para desvestirse y luego volver a vestirse, ella misma, sobre su ropa, fue jalando sus pezones con dificultad, debido al sostén que protegía sus pechos. La vista sólo lograba excitar más a Issei, quien no pudo aguantar más y con un grito que intentó explicar las cosas, se corrió en el interior de la mucama. Emily aun no conseguía el orgasmo, así que se dedicó a seguir saltando encima suyo hasta que sintió la explosión en su vientre bajo, cubriéndolo de repente de fluidos que salieron disparados sin control alguno.

Terminaron sudados, con el aroma a sexo enviciando el ambiente. Ese era un problema, debía ventilar antes de que Reese llegara, pues no sabía si se pondría celosa o hasta furiosa si se enteraba que se involucró con su juguete sin permiso. Se puso a arreglar cuanto pudo y sin siquiera volver a ponerse aun la ropa interior, mientras abría una ventila que estaba en la habitación, soplando el ambiente con prendas que encontraba por ahí a fin de hacer circular el aire.

—Mi Señora nos matará si descubre esto... —murmuraba mientras se hacía cargo de todo. Issei se había quedado en la cama, apenas calmándose al tener aún el vibrador dentro. De repente Emily se acordó, y fue a quitárselo y apagarlo—. Espero que hayas disfrutado todo, desde esta cosita hasta... a mí.

Issei respiraba agitado. No sentía que hablarle a ella fuera pertinente. De forma rápida se había resignado a que su destino sería ese, ser abusado por cualquiera, ya sea la alfa o la beta, hasta que su dueña se harte y lo saque a patadas, o muera. Ni siquiera quería imaginar que había una posibilidad de que eso último sucediera. Esperaba que no, sería un destino cruel. La beta se fue entonces, dejando el plato de comida que a duras penas Issei empezó a devorar. La falta de energía era muy notoria tras coger en la noche y coger esa misma mañana. Estaba muerto y ese platón de ensalada no le iba a bastar para nada. Lo requerían delgado y tonificado, Reese tenía un tipo específico de cuerpo al parecer para elegir un compañero. Fue cuando acabó esa comida que, al voltear al suelo, vio que Emily había olvidado sus pantaletas.

Reese llegó a las horas de eso, a casi el anochecer. Seguramente se habría divertido. Posiblemente mientras estaba en sus compras se encontró con algún conocido de categoría que la invitó a comer. Quizá se le antojó ir al spa o a nadar. Algo que fuera caro, divertido y exclusivo. Posiblemente y sí había sido la comida, pues llegó sin apetito. No era tampoco como si estuviese a dieta. Los alfas gordos no parecían existir, y sabían en la mansión muy bien que ella comía de todo, y comía más de la cuenta. Además, que, con tanto coger, naturalmente iba a quemar muchas calorías.

—Mi Señora —Emily la fue a recibir, inclinándose en una reverencia, para que luego la alfa la tomara del mentón para hacerla levantar la mirada.

—¿Qué tal ha ido todo en casa? —le preguntó tras una leve caricia, empezando a andar hacia su habitación, a la par que Emily subía con ella. Ella le ponía al tanto de todo lo ocurrido, y apenas entrar a la habitación, fue comentando sobre Issei.

—Su omega ha estado en calor todo el día, al menos seguía así cuando subí a verlo hace poco —comentó ella, pues el muchacho seguía en efecto caliente cuando volvió a verlo hacía más de una hora. Dormía, pero sudaba y apretaba las cobijas como si se tratara de un sueño erótico el que tenía.

—Tendrá que quedarse así por hoy, no tengo ya energías de hacer algo con él. Le gusta que una

se mueva mucho —Reese se sentó en la cama, abriéndose primero el vestido antes de quitarse el sostén. Emily vio la forma tan agraciada que sus pechos caían, disimulando la perversión que le tenía—. Por favor, trae mi pijama.

Emily asintió, yendo al mueble donde guardaba la ropa de cama e íntima para tomar un juego de pijama, pero al momento de sacarlo, por un atisbo de torpeza dejó caer una prenda, teniendo que agacharse para tomarla. Fue ahí que Reese se dio cuenta de la falta de ropa interior en su mucama. Emily no era idiota como para no notar después que se la había dejado en el cuarto de juegos, pero se sentía ese día tan erótica que decidió quedarse así todo el día. Y hasta ese momento, estaba tan adecuada a la sensación de estar libre ahí debajo, que no tomó precaución hasta que sintió los largos dedos de Constantinescu acariciar su vulva.

—Veo que alguien tomó hoy la decisión de seducirme. Pero me temo que estoy algo cansada como para satisfacerte, Beta.

Emily se estremeció al contacto de los dedos con su carnosa intimidad. Sus labios vaginales eran en cuestión algo esponjosos, como si de un lindo cojín se trataran. Y era tan sensible, que no evitó ni queriendo soltar un gemido repentino a la vez que sentía ese mismo cosquilleo que en la mañana con Issei.

—N-no, Mi Señora, no es lo que usted cree —recordaba las veces que deseó seducirla, pero fallaba por su pésima ejecución, hasta el grado de resignarse a que lo de ellas jamás pasaría de esos ligeros mimos que se daban de vez en vez.

—Podría hacer solo un poco para satisfacerte, nunca lo he hecho, y hace que me dé lástima por ti —Reese dijo volviendo a presionar los suaves y carnosos labios, empezando a abrirse paso para acariciar la vulva por dentro—. Ve a la cama, me haré cargo de ti un rato.

Debía ser un sueño, volteó a verla con la piel enrojecida en el rostro por la vergüenza, pero atendió a la orden de inmediato. Si era un sueño, más le valía no despertar ahora.

3

Las preferencias sexuales de Reese no eran una incumbencia de nadie, al menos nadie de la élite de Brestan. Y no era como si los demás fueran blancas palomas, ella lo sabía con certeza. Conocía a cada uno de los miembros de dicho grupo selecto, a cada celebridad y político, desde sus funciones, sus actividades, hasta a quiénes se llevaban a la cama. Recuerda incluso haberse cogido a esa famosa cantante, una preciosa omega que era vendida al público como un role model de superación, con ese tonto y trillado lema de luchar por los sueños.

Todos a los que se atreviera uno a ver hacia arriba eran unos farsantes, elegantes lobos vestidos con hermosa piel de oveja. Reese lo sabía mejor que nadie, aun cuando sus empleados apenas si sabían cosas de ella, a mucho pesar de vivir bajo el mismo techo. Era la grandiosa ventaja del poder y de su encanto. Bien dicen que la belleza y el poder son dos armas poderosas. Ella poseía ambas, y eso la hacía mejor que cualquier alfa que estuviera en Brestan. Eso hacía que ella pudiera tener todo lo que quisiera, como había tenido por fin a Emily, tras intensos juegos de seducción desde que tuvo la oportunidad de conocerla. Aunque era de admitir que la castaña no le proporcionó el placer que ella buscaba del todo, y por ello quizá no se repita esa escena. Sin embargo pasó bien el rato —no tan bien al final pero, qué importó—.

Emily aun era temerosa, con cierto pudor, y aunque se lograba dejar llevar después de un rato, seguía sin ser suficiente. Reese tenía dos tipos de preferencias en una pareja sexual. O muy puta, o muy recatada. Que le demostrara que estaba enviciada con el sexo, o que tuviera tanto miedo que resultara una delicia el pervertirle. Emily se encontraba en un punto medio, como quizá la mayoría de personas, y eso era una frustración para Reese. No podía manejarla por el pudor que tenía, no podía pervertirla porque sabía cosas del tema.

—¿Se ha comportado bien en mi ausencia? —la rubia platinada preguntó durante el desayuno, mientras Emily yacía a su lado, de pie, esperando cualquier orden.

—Así es, sin embargo su celo es algo potente. No ha dejado de rogar por sexo cada que entro a alimentarlo —la mucama era sincera, aunque guardaba de forma discreta su pequeño secreto con Issei.

—¿Lo has atendido? —la pregunta de Reese fue repentina y, aunque estaba usando su tono de voz usual —cálido, tranquilo aunque profundo—, Emily se puso alerta.

—Atenderlo... sí, como usted dijo. Le he dejado unas cuantas horas con el dildo dentro. Temo que se acostumbre y a la larga no le baste.

La mayor notó por una fracción de segundo esa reacción tan repentina, era algo inusual en Emily, quien solía tener no sólo recato sino transparencia. Nunca actuaba de manera inusual a menos que algo hubiera pasado. Y si estaba en lo correcto, algo estaba pasando con Issei.

—Espero entonces que sigas con el buen cuidado que le estás dando. Ya sabes, es un muchacho hermoso a decir verdad, no creo que alguien, sea alfa o beta, pueda resistirse a sus encantos.

Que mencionara a los beta como alguien que pudiera caer ante el muchacho puso nerviosa a la castaña. Seguramente habría sospechado apenas le demostrara esa exaltación. Tragó saliva, y se limitó a asentir.

—Seguiré con mi labor, no tiene necesidad de preocuparse.

—Confío en ti en ese caso, cariño —se levantó apenas terminar su desayuno, y antes de

ponerse su abrigo de piel blanco, le besó la frente. Justo en la raíz del fleco. Se fue entonces, no sin antes repetirle que le encargaba al muchacho.

Ese simple acto desconcertó a Emily. Ella estaba segura de que, con lo ocurrido anoche, las cosas podrían cambiar en su trato siquiera. Que esta vez, en lugar de uno de esos besos en la frente, le besaría los labios. Que incluso llegando la mandaría a ponerse algún vestido bonito —si es que tenía—, y la llevaría a cenar. Pero no. El trato era exactamente el mismo, como si pretendiera que lo de anoche no pasó nunca. Como si nunca la hubiera masturbado hasta hacerla venirse con el solo uso de esos extensos y delgados dedos. Como si ella jamás hubiera probado el sabor amargo de su enorme pene, y que nunca la hubiera reclamado como suya, a excepción de hacerle una marca de propiedad.

Al verse sola, suspiró. Fue entonces a preparar el desayuno de Issei, esta vez dejándose sin más en la mesa de siempre, ignorando si estaba dormido o despierto, en calor o calmado. Sus pensamientos estaban ocupados en asimilar lo que demonios estaba pasando con ella y Reese, tan así que en todo el día se había mantenido dispersa de sus labores.

Lo que pasaba con exactitud en la habitación de juegos era un misterio para los demás sirvientes y empleados, pero lo que ocurrió anoche en la cama de Reese fue del saber de todos. Por lo distraída que andaba, no pudo notar la manera en que sus compañeros de trabajo la observaban durante la jornada, hasta el punto de murmurar a sus espaldas.

Era cosa de poco tiempo antes que los rumores se fueran generando.

Reese tenía programada una agenda apretada, la cual no se limitaba a juntas y trabajo de oficina, sino también eventos externos, juntas en otras dependencias del gobierno y demás actividades. Grande fue su sorpresa cuando, a minutos de haber ingresado al edificio de gobierno, los guardias empezaron a salir y mientras que legisladores, diputados y demás fueron llevados a las salas de juntas. El procedimiento de seguridad había dado inicio y no se había dado un comunicado al respecto. La razón se reveló ante ellos cuando, al asomarse a las ventanas, vieron a miembros de Elefthería protestando en frente del edificio. Un bien conformado grupo de jóvenes betas y omegas estaba afuera en una protesta, mientras cargaban mantas y pancartas con la leyenda "Queremos un trato digno"; "Legislaciones en pro de las minorías"; "Los omegas valemos lo mismo que ustedes".

Vaya que era una lata tener que soportar aquello, a esos escandalosos omegas, inferiores por su naturaleza, pidiendo cosas imposibles.

Constantinescu veía con desagrado desde los ventanales de los pasillos. No se le permitía durante el procedimiento de seguridad ingresar a las oficinas. Únicamente estaba permitido entrar a las salas de junta —las cuales, al carecer de ventanas y estar en zonas alejadas de casi todo, solían ser el sitio más seguro en caso de un atentado—, o quedarse en los pasillos —la ruta más fácil de escape en caso de un atentado—. Reese no tenía la costumbre de compartir tiempo con gente que desempeñe puestos inferiores a su tan amada élite, así que sonaba una idea antojable pasar el rato en aquellos pasillos solitarios.

Quizá era tonta, o al menos algunos guardias pensarían de ella así, por preferir quedarse expuesta en plena soledad de un pasillo, pero era agradable. Estaba demasiado acostumbrada a la soledad, si se le permitía recordar su infancia. Hija única de una familia de alfas, aunque su tío abuelo, que en paz descansa, le aseguraba que uno de sus abuelos fue un Delta. Le causaba mucha curiosidad esa parte de la historia, así que hizo lo que quedó en sus manos por seguir el legado de su padre, un fuerte diputado lleno de influencias, para borrar esa parte de la historia.

Los deltas eran para ella seres sin escrúpulos y dañinos para la sociedad. Eran, más bien,

dañinos para el orgullo de cualquier alfa. Seres que eran los únicos en poder dominar a la casta principal y someterla bajo el abuso de su fuerza bruta y animal, sin raciocinio, sin un trabajo mental evolucionado. Todo delta merecía morir apenas se manifestara. Ya habían pasado unos cuantos años sin la presencia o siquiera sospecha de algún Delta en el país, y lo mejor para la sociedad actual era que se extingan por completo. ¿Imaginaba ella acaso la vergüenza que supondría ser dominada por uno?

Observaba por los ventanales la manifestación. Usualmente no pasaba de aquel palabrerío que para ella era sinsentido. Nunca recurrían a la violencia, pero nunca se sabe cuándo llegue el día en que algún inconsciente se arme de valor y utilice un arma. Ese día, O Théos nos libre, se desataría una guerra.

—Mi Señora, por favor entre a la sala de juntas —un mozo le llamó de inmediato, agachando la cabeza par no cruzar miradas con ella. Reese inspiraba respeto y miedo, y lo mejor, para no ser ni descortés y no intimidarse, era evitar el contacto visual.

—Iré en un momento. Por favor, arregle todo para que empecemos al menos con las labores locales. No podemos dejar que estos manifestantes tomen riendas del ritmo de nuestro gobierno — fue la respuesta de Reese. El mozo asintió y volvió al interior de la sala. Reese se asomó una última vez, haciendo una expresión de asco que ninguno de los manifestantes pudo ver en realidad, y acto seguido, entró a la sala.

—Se abre la sesión —se anunció apenas todo mundo tomó asiento en la sala de juntas, algunos sentados en sillas aparte debido a que estaban obligados a permanecer en la sala—. Como primer tema a discutir, la Secretaría de Población en el último censo recabó datos interesantes sobre el conteo de castas en los últimos cuatro años. La población Alfa subió un 3%, sin embargo...

—¿Sin embargo qué? —Reese preguntó ante la pausa que el Director Hwang, el encargado de la Secretaría de Población, hizo.

—Sin embargo se han encontrado por lo menos dos asignaciones de Gammas en Brestán. Uno en la ciudad de DuPort, y otro en Khosa.

Escuchar dicha noticia no le generaba una enorme satisfacción.

—DuPort es una ciudad costera, y Khosa es una ciudad rural. Usualmente la población de dichos lugares carece de información acerca de las castas, así que aun si hubiera un gamma entre ellos, no lo notarían de no ser porque los tienen que leer en el reporte.

—¿Qué deberíamos hacer entonces?

—Clasificalos como tal, pero tendremos que hacer algo para controlar esto. Dos asignaciones en cuatro años es demasiado a mi consideración —Constantinescu expuso, llevando una mano a la barbilla, en pose pensativa—. Tendremos qué hacer algo después de ello para deshacernos de estas personas.

Vaya macabra y fría manera de pensar, pero había una razón. En el perfecto gobierno de Brestan, los gammas tampoco eran bienvenidos. Si hay gammas, entonces también hay probabilidad de ver un delta en el futuro. Y eso no era nada bueno. También era de mencionar que los gamma eran, literalmente, detestables ante los alfas, quienes los percibían con un aroma personal repugnante y asqueroso, que los llevaba al grado de incluso vomitar.

—Contactaré entonces a la Secretaría para que entreguen los informes de los exámenes de estas personas —el Director Hwang terminó por confirmar, ante la afirmativa de la Presidenta del país. También cabía mencionar lo importante que era empezar a ver la manera en que pudieran deshacerse de aquellos que habían resultado como gammas. Aun cuando seguramente morirían si

llegaban a reproducirse, no podían arriesgar nada.

Era aquella una situación que estresaba a Reese, quien a estas alturas tenía ganas únicamente de llegar a su casa, irse sin terminar su agenda y delegar algunas tareas, y tirarse en la cama con Issei. Pasaba poco tiempo con su juguete, y eso arruinaría sus planes de pervertirlo y amaestrarlo lo mejor posible. Su mente le pedía únicamente ocuparse en aquel precioso omega que esperaba por ella cada noche. Esperaba poder desocuparse pronto, pues perderse ese intenso primer celo del muchacho sería un enorme pecado, y O Théos sabía lo buena creyente que era ella, razón por la que no se iba a permitir tal cosa.

Las conversaciones y discusiones pasaban así, entre temas de economía y demás, asuntos de estructura de la ciudad, todos los departamentos entablaban una discusión acerca de los problemas que los aquejaban o necesitaban atender con urgencia, y cada uno de los mismos era resumido en frases simples para que la misma Presidente, la Señora, los atendiera en persona.

Cualquiera que fuera ajeno al mundo de la política pensaba en que seguramente Reese y el resto de los miembros de la ABS, aquel organismo de índole principalmente religiosa, así como todo el gabinete del gobierno se sentaban durante todo el día y recibían el dinero de los contribuyentes para gastar como quisieran. Pero era un trabajo mucho más pesado. Quisieran admitirlo o no, tenían una calidad de vida bastante aceptable, incluso la gente que era considerada de "bajos recursos". Se contaban con los servicios básicos como el agua potable, electricidad, y en algunas localidades incluso se contaba con internet a precios más accesibles. En cambio que en ciudades grandes como Dita, habían redes gratuitas. los Constantinescu habían sabido perfectamente gobernar en todo el linaje que llevaban, y cabía mencionar que aunque el país se consideraba democrático, no había alma alguna que se atreviera por votar por algún candidato externo de dicha familia. O más bien, no existía candidato que no fuera de dicha familia. Reese por ejemplo, compitió por la presidencia contra dos de sus primos.

Quizá incluso los habitantes del país se pregunten y hasta repudien dicho monopolio político, pero la gestión de aquella familia de alfas ha sido de las mejores en varias generaciones y eso no parecía cambiar con el tiempo, sino que relativamente mejoraba con cada nuevo gobernante. Aunque, la única constante era ese desprecio hacia la casta beta y omega. Y justamente grupos como Elefthería intentaban cambiar eso con sus dizque protestas, con su revolución pacífica, esperando con una fe vacía que Reese escuchara el mensaje que justamente mantenía a margen.

La semana pasada se había publicado en la gaceta oficial un comunicado a la comunidad de omegas, pidiendo —o más bien, ordenando— hacer oídos sordos a Elefthería, a quienes describía como *"un grupo rebelde que busca interrumpir la paz de nuestro amado país, sembrando la semilla de la discordia entre las castas y traer ideas venenosas para nuestro sistema democrático"*. Hasta ahora, los habitantes habían sido lo suficientemente maleables para seguir la orden a ciegas, lo que llevaba a otros legisladores y políticos a pedir en sus plegarias que Elefthería no infectara sus mansas mentes y entonces iniciara una verdadera revolución.

El sistema entero, el linaje de Reese y su familia, su supremacía entera depende de que eso no suceda. Los omegas son solamente herramientas, muñecas con las que se juega y que satisfacen a los alfas, y esa es una realidad que no quiere cambiar.

4

Issei despertó tras haberse desmayado en la habitación de juegos. Abrió los ojos pesadamente, viendo el rojo borgoña de las paredes, siendo iluminado por el candelabro de luz amarilla. Aquella habitación era en verdad elegante, podría ser un estudio perfecto, un lugar tan elegante no debería ser utilizado para la clase de perversiones que Reese y Emily le hacían.

A pesar de dormir la mayor parte del tiempo, seguía sintiéndose cansado. El celo estaba por fin cediendo, si no es que en su totalidad ya había terminado. Señal de ello era ya la sensación de cansancio y de no querer ya tener relaciones. «Quiero volver a casa», se dijo a sí mismo con un hilo de voz delgado, casi inaudible. Su voz se encontraba desgastada, quizá por todas las veces que estuvo gritando y gimiendo, pidiendo más para saciar esa maldita ansiedad.

Por fortuna, no tenía aquel maldito dildo en su interior en este momento. Se daba entonces un buen descanso para reponer de la manera que fuera posible sus energías. El reloj en la pared marcaba aun las cinco, sabrá O Théos si de la mañana o de la tarde. Y esperaba sinceramente que se tratara de la mañana, pues así entonces le daba mucho más tiempo para descansar antes de que aquella mujer que lo compró llegara a romperle el culo.

Con algo de incomodidad y dolor en su cadera se fue levantando. Sentía cada músculo en su cuerpo tensarse de lo adoloridos y gastados que se encontraban, a pesar de apenas llevar unos cuatro días. Menos de una semana. Era la primera vez que se dedicaba a observar el lugar en el que se encontraba, y como primer veredicto, es que era un lugar sumamente costoso. Tan sólo la cama debía costar unos quinientos dalers crecientes, pues se veía como digno de alguna realeza.

Por supuesto que no sabía exactamente quién era la mujer que lo trajo a este sitio, solamente sabía que le llamaban Mi Señora, pero eso no le daba mucha pista de quién era. Issei Fujioka provenía de la pequeña ciudadela rural de Khosa, lugar en donde a pesar de contar con tecnología para comunicaciones, la mayoría de las personas eran suficientemente pobres como para poder contar con una buena red de Internet en sus casas. La familia Fujioka en especial, apenas contaban con un televisor y una radio, sin teléfono en su domicilio. Así que no estaban enterados de muchas cosas excepto las que le daban la vuelta al país por lo escandalosas que fueran.

El muchacho era inteligente, es algo que se le puede atribuir con facilidad por sus conocidos. Fue el primer lugar de la escuela aunque nunca pudo calificar por una beca, ya que todos los alumnos becados debían movilizarse a un internado en Dita, y no podía dejar a sus padres en Khosa, puesto que él tenía un trabajo menor en la tienda de conveniencia del pueblo y ese pequeño extra ayudaba a los gastos de la casa. Podría ser una excusa mediocre, pero era realmente útil ese dinero que recibía por su trabajo.

Aun así, sus planes consistían en irse a Dita en un futuro y conseguir algún trabajo ahí que le permitiera enviar cada tanto una cantidad considerable a sus padres. Ya fuera como secretario o cuidador en un jardín de infancia, pero algo. También por eso le era urgente hacerse el test genético para saber cuál sería su casta final. Tenía la inteligencia, fuerza y capacidad de un alfa, pero leer el resultado de Omega le destruyó gran parte del plan de vida que se había trazado. Un omega nunca iba a recibir un trabajo, ni siquiera un trato digno.

Quizá esa frustración y desesperación fue la que hizo que le creyera a la pelinegra que se encontraba ahora a la puerta de su casa, ofreciendo a sus padres unos documentos y folletos,

prometiendo poder emplear a Issei tan pronto como fuera posible. Incluso tenía en su mente retumbando la mentira.

«Queremos que su hijo participe en un programa especial de trabajo. La ABS está implementando este programa para apoyar a las familias de bajos recursos. Su hijo será entrenado para un trabajo competente y recibirá una buena paga como estímulo».

Si tan sólo en ese momento hubiera sabido que era el encubrimiento de un secuestro, hubiera rechazado la oferta. Pero lo mataba el no poder apoyar a sus padres, que recibir un estímulo monetario de parte del gobierno sonaba tan apetecible. Pudo haber seguido en la tienda de conveniencia, pudo incluso irse a las medidas cobardes y arcaicas y mudarse a algún puerto cerca de Dita y casarse con algún alfa de la zona, para poder apoyar a sus padres. Pero su desesperación pudo más.

Subió entonces al auto de aquella mujer que se había identificado con el nombre falso de Kiara Thompson, y se despidió de sus padres prometiendo enviarles muchos dalers en cuanto recibiera su primera paga. Incluso su buena madre tuvo la consideración de empacarle la poca comida que tenía para el camino. Se despidieron de esta manera, entre besos, abrazos y lágrimas, y emprendió entonces el camino hacia lo que creía era una vida mejor.

Apenas llegaron a Dita, Issei quedó de cierta forma fascinado del contraste de barrios y de edificios que aquella capital poseía. Le fascinaba, sobre todo, la apariencia del edificio central de la ABS, y estaba emocionado por saber qué clase de trabajo le esperaba. Pero sus ilusiones se demoraron cuando el auto entró en un camino que los dirigió a un barrio bajo, y de ahí anduvieron hasta llegar a un enorme edificio, en un bloque que se veía abandonado.

Durante menos de tres días se encontró en ese sitio, durmiendo en camas sin colchón y pasando hambre —más de la que estaba acostumbrado a pasar de vez en cuando—.

Ahora estaba en esa habitación roja, elegante, que hacía pensar en la casa de algún alfa magnate. El ambiente era abrumador e inquietante, pues la vibra sexual de aquella alfa seguía presente, quisiera él pensar en ello o no. Esa clase de energías se quedan siempre en esos lugares, y a menos que abandonen el sitio durante mucho tiempo y se le dé una reforma y un uso distinto, nunca se irá. Caminaba, pues, a paso lento, viendo cada rincón de la habitación.

Había un mueble con cajones, donde guardaban cantidades ridículas de juguetes sexuales. Desde dildos de toda longitud, grosor y tamaño; hasta objetos que no comprendía a simple vista cuál era la función. Estaba también el baño que ya conocía a medias y que era lo único a lo que había tenido libre acceso desde que llegó. El celo no impedía que tuviera sus funciones fisiológicas, que llegaban para calmarlo un poco del intenso calor. E incluso cuando no, el baño fue su lugar de masturbación ocasionalmente.

Encontró después de un poco más de caminar la ventana. Abriendo las cortinas tímidamente, se encontró con el alba apenas empezando. Agradeció al cielo poder ver el sol una vez más por lo menos, y volvió a la cama al comprender que podría dormir un poco más. ¿Sería que estaría en serio bien en una situación como esta? Era denigrante, pero al menos viviría a expensas de alguien, y sería bien atendido durante sus celos. Quería ver lo positivo del asunto, pero costaba ver un poco más allá de la degradación que estaba pasando.

Pensaba sin parar en sus padres, un par de betas que necesitaban indudablemente el dinero que les iba a proveer antes de enterarse que todo era una farsa para secuestrarlo. ¿Lo habrán visto acaso demasiado bonito? Es más, ¿cómo sabían que precisamente había un omega en esa casa. Le era algo ilógico siendo que apenas tendría como tres días desde que su casta había sido revelada. La mente de Issei era maravillosa y obviamente su inteligencia relucía a grandes rasgos. Por ello

se le hacía tan ilógico pensar que las cosas se dieron al azar.

Alguien debía saber de su condición de omega, y tal como lo habían explicado cuando fueron a hablarles de ese falso programa, el gobierno tiene el conteo y censo de cada nacimiento y de cada resultado. ¿En verdad serían secuestradores aleatorios, o la Asociación tenía algo que ver en este asunto?

Emily entró repentinamente. No se dedicaba un par de segundos a tocar la puerta, ¿qué tal si estaba haciendo algo que requiriera intimidad? Aunque la mucama ya había demostrado que no le tenía nada de respeto. Llegó así, y la castaña colocó una ensalada de verduras y hojas verdes al muchacho.

—Te ves menos caliente que antes —le dijo Emily apenas dejar la comida en la mesa.

—El celo dura solamente unos días, y debido a la intensidad que se dio, hubiera sido un infierno que durara aunque sea un solo día más —Issei decía algo tajante, tomando el plato de ensalada y empezando a comer. Lo hacía lo más lento que podía, como si eso hiciera rendir la comida. Nunca se llenaba con esas comidas de tan pocas calorías.

—Es una lástima que ya no estés en tu celo. Hubiera sido divertido verte con un dildo nuevo esta vez.

Issei no respondió. En vez de ello, le miró de manera ofendida, algo retador incluso. No quería que ella le tocara de cualquier manera, mucho menos que hablara tan a la ligera de esa manera en que lo profanó.

—Se te hace gracioso, ¿no? Un omega indefenso, atravesando la primitiva etapa del celo, sin tener forma de evadir las violaciones constantes.

—No digas tonterías, un omega nunca podría ser violado.

—Y tienes el cinismo de decir algo de ese calibre.

—Así es, un omega nunca podría ser violado. Estando en su celo, se encuentran hambrientos de sexo. Te estuve haciendo favores al atenderte mientras Mi Señora no estaba presente.

Issei no concebía lo que le decía, y a la larga prefería no contestarle. Conociendo la manera en que se desenvolvían en este lugar, sobre todo por la forma en que manejaban las jerarquías de las castas, lo mejor era quedarse callado. Ganaría seguramente un castigo si llegaba a pelear.

Terminó pronto su plato de ensalada, y Emily se lo llevó sin decir nada. Ahora quien estaba en un dilema era ella, puesto que si el omega no se encontraba atravesando el celo ya, ella tendría que atenderse sola. La noche anterior, Reese tampoco hizo algo en especial con ella, y si sumaba su incertidumbre y su sequía sexual repentina, empezaba a notar también los cuchicheos del resto de la servidumbre a sus espaldas. Segura estaba que habrían escuchado cuando Reese tuvo sexo con ella, por ende empezarían a hablar de ella de esa manera, haciéndola ver como una promiscua.

Negó entonces con la cabeza, intentando deshacerse así de aquellos pensamientos difíciles y se fue enfocando en su trabajo. Necesitaba, por ejemplo, terminar de arreglar las habitaciones de la casa —barrer, desempolvar, tender la cama de Reese—, limpiar también el cuarto de juegos —por lo que tendría que ver nuevamente a Issei, quisiera o no hacerlo—, y ordenar las últimas compras que Reese había hecho en el guardarropa —labor que debió hacer hace tiempo, pero que aplazó hasta ahora—.

Mientras atendía el asunto de las habitaciones, se quedaba pensando en aquello que dijo Issei sobre ser violado. La desventaja de los omegas ante la sociedad llevaba algo mucho más hondo que estar hasta el fondo de la jerarquía u obtener trabajos mediocres o que tuvieran que ver con la naturaleza maternal que tenían. Según la ley, los omegas eran incapaces jurídicamente de ser

violados. El término prácticamente no existía, y la ABS mantenía vigente la idea de que los omegas deben ser atendidos durante su celo, así ellos opongan resistencia o no. La ABS decía que esa resistencia era más bien otra táctica de seducción, por lo cual el alfa podía o no —a libre elección— tomarlo si llegaba a resistirse.

Un beta podría ser violado por un alfa, una beta podía ser violada por un beta macho o un alfa... pero un omega no podía ser violado. Era la diferencia que la ABS quería que ellos creyeran, y la que Emily creía ciegamente. Así que lo repetía mentalmente como un mantra.

«Los omegas no pueden ser violados»

«Los omegas tienen una necesidad ciega de sexo»

«Solamente le hice un favor al hacerlo coger conmigo»

«No lo violé, ¿verdad?»

Sostuvo con fuerza la escoba entre sus manos, cerrando los ojos de la misma manera, obviamente asustada. No quería creer que en su ignorancia de verdad había violado al pobre chico.

5

...Por dichas razones, exigimos un diálogo justo con las autoridades correspondientes. Es intolerable que se nos esté negando el derecho a un trabajo competente y una vida digna, a menos que nos casemos y nos sometamos a los alfas.

Las palabras de aquella omega que se identificaba como Airlia Doxiadis, fundadora de Elefthería, eran potentes. Retumbaban en cada televisión y cada radio de los habitantes de Dita, y aunque habían familias conservadoras que querían impedir el mensaje, los hijos de éstos, recién expuestos a su casta, se dejaban influenciar. Elefthería era un grupo de omegas y betas valientes que se cuestionaron el por qué la Ley los trata como seres inferiores.

Todo empezó cuando se hizo viral en Dita una «leyenda urbana», la cual rumoreaba que existían nexos oscuros de miembros del gabinete de la ABS y el poder legislativo, donde se involucraban raptos de jóvenes omegas.

Claro que se habían lanzado ya algunos mensajes mediante la Gaceta Oficial de la Nación, que negaban dichas acusaciones, y en vez de dar una aclaración considerable, culpaban a grupos rebeldes para «poner al pueblo en contra del Poder Máximo». Claro que para Airlia, una madre de familia que poseía una inteligencia muy fuera de lo común, y cuyo hijo desapareció poco después de recibir su resultado del Test Genético, era una excusa bobá y poco profesional, sobre todo si venía de precisamente, el gobierno mismo.

Reese se hacía de oídos sordos, y ni siquiera metía sus manos en aquel asunto. En su lugar, la policía y algunos diputados se hacían de voz para seguir negando el asunto. Pero al menos luchaban por una pequeña tontería como era el reconocerlos con equidad. Si llegaban a saber algunos otros secretos que la Asociación guardaba, el país entero seguramente se alzaría en armas.

—Bien dicen que la ignorancia es una bendición. Claro que hay que encontrar una manera poco sospechosa de callar a todos esos rebeldes —el diputado Fieschi le servía una copa de brandy a la albina, entregándoselo en la mano mientras ésta se hallaba sentada en un sofá de cuero negro en su oficina.

—La manera más fácil es seguir hablando mediante la voz de O Théos. Él seguramente odiaría que los alfas nos dobleguemos y nos convirtamos en ahora los animales parturientos.

—¿Cree que los omegas quieren deshacerse de sus responsabilidades?

—Sin duda alguna lo creo. Primero piden un salario igual, sabiendo que son poco dignos. Luego querrán beneficios por ser considerados una «casta débil». En caso de que nos neguemos, argumentarán que estamos discriminándolos y violentándolos. Y después, cuando tengan mayores beneficios que cualquier alfa en este país, querrán que la ciencia haga que nosotros podamos embarazarnos, y nos quedaremos en casa pariendo a los hijos de los omegas y betas, mientras ellos se regodean en todos los beneficios que nos han arrebatado.

Ciertamente ese modo de pensar de parte de Constantinescu era cruel, ignorante, y sobre todo sembraría el miedo en aquel alfa que llegara a escucharla. Fieschi de hecho ya temía el arriesgar su poder y su dominio si eso llegaba a pasar.

—Pero son criaturas débiles. Mi Señora, si ellos se enfrentan a un solo día de trabajo al que nosotros ya estamos acostumbrados, se rendirán.

—No del todo. Vea por ejemplo, a Airlia Doxiadis. Ella comparte sangre como la mía, tiene

raíces griegas que son muy fuertes, aun para una mestiza como ella. Según sus registros, ella posee un CI de 248. Muy alto, aun para un alfa. Recuerde que la única etapa en donde somos verdaderamente iguales es en nuestra niñez, y no del todo, porque el dinero y posición de nuestras familias juega un gran papel. Ella creció carente de muchas cosas, y sin embargo ahora tiene el poder mediático para dirigir a los inconformes. Si a ella se le da una oportunidad de probar el trabajo de un alfa, es más, siquiera se le comparte el mismo conocimiento que nosotros, ¿no sería el acabose?

Fieschi lo pensaba y de inmediato se daba cuenta que Reese tenía toda la razón. Lo mejor entonces era seguir aislando a aquellos omegas, para que no representaran un peligro para aquel sistema piramidal, donde los alfas conformaban la punta.

—Piense en su esposo, Pietro. ¿Es listo? ¿Es culto?

—Listo en lo que cabe, pero la cultura y el conocimiento le dan igual.

—Ahora, ¿imagina la vida en un país gobernado por alguien que tiene la capacidad mas no el deseo de usar esos conocimientos indispensables? ¿Confiaría en un diputado, o un gobernador que fuera elegido por su sistema reproductor antes que su capacidad?

Aunque se mordía la lengua con esa situación imaginaria, ella no lo veía así. A fin de cuentas y a sus ojos, el gobierno actual estaba conformado por solamente los mejores alfas, y su condición de alfas les daba la capacidad de dirigir el gobierno mejor de lo que cualquiera pudiera hacer.

—Entonces, dígame, ¿cree aun que lo correcto es darles esas capacidades?

—Ya no. Tiene usted toda la razón, Mi Señora. Cada vez me queda más claro por qué usted es nuestra Suprema.

Besó así la mano de Reese, y después de esto se retiró. Ni siquiera se tomó su propia copa de brandy, dejándola en la mesa de café. Reese recogió la misma y la puso en el pequeño lavaplatos que tenía en el lugar.

Volvió a casa apenas terminar cada asunto pendiente en la agenda oficial. No se sentía muy cansada en absoluto, por lo cual esta noche podría jugar un poco con Issei. Apenas había pasado una semana y ya pensaba que lo estaba descuidando. En cuanto llegó a la mansión, ordenó que su cena fuera llevada a su habitación, cosa de la cual Emily se encargó. Llegando a la misma, se deshizo rápidamente de su elegante y ajustado vestido para colocarse nuevamente la bata de dormir. La castaña entró al poco rato, mientras Reese se trenzaba el cabello.

—Mi señora, su cena —dijo Emily apenas le fue dada la orden de pasar.

—Déjala en la mesa de al lado —le pidió la albina, mientras maniobraba su cabello rizado. Las doradas hebras relucían con la luz artificial blanca de la lámpara en el centro del techo —.Necesito hablar contigo un poco, Emily.

—Por supuesto, Mi Señora. ¿Sucede algo? —le llamó la atención que le pidiera de esta manera hablar, pues era algo poco usual. Normalmente hablaba y ya, lo que fuera que le quisiera decir lo soltaba sin anuncios ni intermediarios. Pero ahora le decía que quería hablarle, como si necesitara prepararse de alguna manera.

En cuanto terminó su trenza, se levantó del tocador y fue hacia Emily, acariciando primeramente su rostro con cariño, jugando un poco con los mechones que se le salían de su trenzado por el esfuerzo del día. Pues claro, los peinados no podían ser eternos.

—¿Desde cuándo? —la bendecida voz de Constantinescu le preguntó, sin detener esas ligeras caricias en el rostro de Emily.

—¿Desde cuándo qué? —inquirió la castaña, despertando de aquel ligero hipnotismo que habían ejercido sus caricias.

—¿Desde cuándo pensaste que echarle mano a mi querido Issei fue una buena idea? No me tomes por ninguna idiota, dejas tu olor en la habitación cada mañana hasta que el celo se le detuvo al niño.

Le miró ahora con cierto miedo, Igual, debió imaginarse que tarde o temprano el olfato de Reese se daría cuenta del aroma a sexo tanto en la habitación como en Emily, y quizá incluso el omega había revelado lo que pasaba.

—Lo atendía, no tuve intención alguna de jugar con su omega. Fue... una cosa llevó a la otra...

—¿Tenías acaso celos de lo que hago con él? ¿Por eso también esa noche te exhibías ante mí sin tu ropa interior? —ahora el agarre de Reese en su cabello se hizo más presente, empezando a soltarle la trenza que formaba una corona en el cabello de Emily.

—Fue culpa del omega, rogaba por sexo, supo la manera de seducirme... él fue el responsable de todo, Issei es solamente una bestia que piensa en sexo las veinticuatro horas —el nivel de miedo que Emily tenía era bastante alto, llegando a culpar al pobre omega de los actos que ella inició.

—No me mientas más. Eres una beta, y una bastante promiscua si es que no te conociera bien. Gustas de buscar penes fáciles en tus noches libres, y ahora te involucras con mi propio juguete personal. Con razón aquel desagradable aroma permanecía en el cuarto de juegos, si era el sexo de tu insignificante vagina beta. Lo comprobé la noche que te hice mía.

Eso dolía en su orgullo más que nada. De alguna manera pudo pensar que en serio Reese se había sentido atraída a ella de una manera más íntima, y por ello tomó la oportunidad en cuanto notó que no traía las bragas puestas. Lo peor es que había disfrutado esa noche como ninguna en su vida, porque por fin estaba con su único y auténtico objeto de deseo, y ahora resultaba que se la había cogido solamente para comprobar que era de ella el aroma a sexo. Quería llorar, y con los ojos cristalinos empezó a implorarle perdón.

—Arrástrate como perro —le dijo Reese una vez que la otra se empezaba a humillar. Incluso la tomó de la trenza y empujó su cabeza hacia el suelo, haciéndola caer.

Emily no tuvo más remedio que obedecer, con la garganta cerrada, colocándose en cuatro como si de un perro se tratara.

—Lo siento, de verdad lo siento... —seguía repitiendo, implorando el perdón de su Señora.

—Ahora di, «soy una perra ofrecida que solamente quiere una verga caliente»

—No, no quiero decir eso...

—Que lo digas —le ordenó con voz fuerte, poniendo su pie desnudo encima de la cabeza de Emily, empujando con el mismo hacia el suelo.

—Soy... soy una perra ofrecida, que solamente quiere una verga caliente.

—¿Eso es una afirmación? ¿De verdad es lo que quieres? —siendo que los betas carecen de ciclos de celo, si ella gustaba del sexo lo iba a desear todos los días, o bien evitarlo cada cuando. Era lo que un alfa también hacía a final de cuentas, pero Reese en sus pensamientos de superioridad, no lo veía de esa manera.

—Si... —dijo titubeando de afirmar la frase— es lo único que quiero...

—Bien, ahora lame mi pie.

La sensación de humillación era demasiado potente, Emily lloraba mientras levantaba su rostro para empezar a pasear su lengua por el pie de la alfa. Lloraba de manera alarmante, quería ya terminar con esta humillación, y creyó que el final estaba cerca cuando Reese quitó el pie de su rostro y caminó detrás suyo. La castaña respiraba agitada, le faltaba el aire por culpa del llanto y sentía una terrible presión en su pecho. Creyó estar libre cuando le dio la orden de levantarse,

pero en vez de dejarla ir, la hizo abrir la puerta que conectaba al cuarto de juegos.

—Hoy llegué con muchas ganas de atender a mi querido Issei. No lo compré para que una beta puta lo disfrute mientras yo trabajo. Así que tengo una actividad muy divertida para ti. Ya que te gusta profanar los penes que no te pertenecen, ¿qué me dirías si te ofreciera a participar en un acto voyerista?

No sabía con exactitud a lo que sea que se refiriera, pero temía preguntar. Apenas llegar a la habitación, Issei estaba despierto y recostado en la cama, viendo a ambas mujeres pasar al interior. Así entonces, Reese le dio la orden inmediata a Emily de bajarse las bragas y colocarse en cuatros. Asustada, la mucama asintió, temiendo a la furia de la alfa que amenazaba con desquitarse con ella en ese momento. A la par que ella se hincaba, Reese tomaba un consolador de gran tamaño y curiosas curvas del cajón de los juguetes, y apenas si lo llegó a empapar de lubricante.

—Dado que te encanta montar vergas grandes, supongo que esto no será nada comparado a lo que haces en tus ratos libres, querida —la albina mencionó, yendo a donde ahora yacía Emily, hincada en cuatro y sin la ropa interior.

—Por favor, téngame piedad, Mi Señora —Emily ya estaba llorando del miedo, temiendo todo el daño que le va a hacer aquel dildo monstruoso.

—¿Por qué le tendría piedad a la beta que se aprovechó de los beneficios que le he dado para poder complacerse?

Dicho esto, hizo entrar aquel enorme dildo, ante los gemidos dolorosos y la manera en que el cuerpo de la sirvienta se retorció. Pedía entonces piedad, quería que se detuviera de aquel martirio que le estaba infligiendo, pero la gobernante se hacía de oídos sordos. Tras estarlo moviendo unas cuantas veces y asegurarse que la vagina de la chica se había adecuado tan siquiera al tamaño, encendió entonces el dildo, cosa que hizo a Emily empezar a gritar, pues la velocidad era demasiado potente.

—Y eso no es lo mejor, ahora verás cómo me muevo cuando de verdad deseo a alguien —le dijo entonces, lamiendo su cuello para luego ir a donde Issei. Había llegado preparada, con una ampolleta y jeringa ocultas en el bolsillo de su bata, y preparó una inyección hormonal para el omega.

Issei pidió también clemencia, le rogaba que no le hiciera daño, pero Reese estaba decidida.

—No te lastimaré, al contrario, te haré un enorme y delicioso favor.

Acto seguido, le tomó de espaldas en cuanto el pelinegro intentó escapar, e inyectó las hormonas en su cuello, directamente en la aorta. En pocos segundos el calor fue invadiendo al pobre muchacho, quien empezaba a jadear y a sudar. Complacida con aquel resultado inmediato, Constantinescu lo empezó a estimular, acariciando sus piernas desde el interior, lamiendo la nuca del muchacho, mientras éste se retorció de lo sensible que estaba.

Emily no podía hacer otra cosa a excepción de observar. Cada movimiento que su cuerpo hacía, movía aquel enorme dildo en su interior y la hacía gemir más fuerte. Era cuestión de poco antes de que la misma sensación la pusiera con el pecho bien recostado en el suelo, y la cadera bien levantada ante la imposibilidad de recostarse, culpa del gigantesco artefacto. Para colmo, era tal el tamaño que en esa posición el dildo llegaba muy profundo dentro de ella, podría jurar que lo sentía justo en la entrada de su útero.

Los juegos por parte de la alfa y el omega no tardaron mucho, ambos estaban muy calientes ahora, y volteando entonces a ver a la chica, Reese le guiñó el ojo y mandó un beso, acomodando a Issei en cuatro para que pudiera ver bien el momento en que lo penetraba sin miramientos.

El joven Fujioka lanzó también un fuerte gemido, sonoro, y demasiado irresistible. Parecía casi femenino por lo agudo que resultó, muy a pesar de su tono de voz de cierta profundidad. Ah, cómo le encantaba a Reese que sus juguetes gimieran de esa forma. Así empezó a moverse dentro del muchacho, sin importar lo rudo que lo llegaba a hacer, pues las hormonas en el organismo del chico eran tan potentes, que solamente le pasaba por la mente que lo hiciera más fuerte. Encontraba incluso un placer distintivo en el dolor proporcionado por la deliciosa verga de Constantinescu, tanto así que él mismo se movía con el mismo ímpetu y la hacía llegar más profundo. Sin duda sería un milagro si no llegaba a embarazarlo en esta ocasión.

Emily les miraba, terriblemente perdida, gimiendo y sin poder apartar la vista. Sufría tanto en este momento, pues su mente no estaba ida en las hormonas y la sensación del enorme dildo, sino que le dolía en el fondo de su corazón el ver que, en efecto, la manera en la que Reese cogía a Issei no era ni acercada a la manera en la que la cogió a ella. Corrección, la forma en la que la poseyó no era ni una octava parte tan maravillosa como ahora profanaba al omega. Eso la hacía sufrir demasiado, tanto así que rogaba por terminar, porque la dejara ir en ese momento y la dejara descansar. Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, sus ojos se tornaron cristalinos desde hace mucho pero las lágrimas apenas habían encontrado el valor para fluir libremente, tan libre como el líquido vaginal que escurría desesperado por sus piernas. Era todo un dilema, su cuerpo ciertamente parecía disfrutar lo que veía, escuchaba y sentía, pero su mente y corazón se sentían envenenados, inundados de dolor.

Se arrepentía tanto de haber tenido relaciones con Issei, se arrepentía en serio de todo eso, de incluso haberse fijado en Reese Constantinescu y haber aceptado trabajar para ella. Quería que todo terminara, pero no fue hasta que sintió el orgasmo venir que finalmente todo encontró su final. Apenas ocurrió el orgasmo, su cuerpo no aguantó y se desmayó. Quién sabe cuánto habría pasado para que después esos dos terminaran, pues al despertar, estaba en su propia habitación. Pudo pensar que todo fue una treta de su mente, un mal sueño que se sintió realista, hasta que se dio cuenta que estaba recostada en su cama, aun con el uniforme y sin sus bragas, y con una mezcla de fluido vaginal y sangre empapando sus muslos. Intentó levantarse, pero las piernas le dolían tanto que ni siquiera eran capaces de aguantar su propio peso. Cayó apenas se colocó de pie, y de ahí tuvo que arrastrarse como si estuviera discapacitada hacia el baño.

Abrió la llave de la bañera, y sin quitarse aun el vestido de su uniforme, subió con dificultad a la misma. El agua estaba hirviendo, pero le daba igual. Apenas podía sentir el agua quemándola, pues sus piernas desde las rodillas hacia su vientre bajo estaban entumidos. Así pues, empezó a frotar con jabón y una esponja sus muslos con fuerza, borrando cada rastro de fluidos que pudieran tener. El sangrado de su vagina pareció detenerse poco después, aunque ignoraba si es que en verdad seguía sangrando, o se había detenido una vez le sacaran el dildo. Se quitó al poco rato el vestido para poder limpiar su cuerpo a profundidad. Se sentía tan sucia, tan repugnante, con tanto miedo de hacer o decir algo...

Le costaba incluso pensar que la habían violado y obligado a ver cómo abusaban de alguien más.

6

Había sido una experiencia traumática por partida doble. No solamente Issei había sido expuesto y drogado nuevamente para tener sexo con Reese, sino que mientras Emily los miraba, ella estaba siendo violentada con ese gigantesco dildo en su interior. Las cosas habían tomado de repente un giro tan violento, espeluznante incluso. Ser violado, y escuchar a otra persona ser violada ante él, justamente por aquella maldita mujer, Reese Constantinescu.

Quizá el muchacho podría venir de una familia pobre en un pueblo rural, donde las costumbres eran aún muy conservadoras, pero podía reconocer su propia humanidad y el hecho de que aun siendo un omega, valía lo mismo que un beta o incluso un alfa. Si bien sus padres, dos hombres alfa y omega respectivamente, le habían educado precisamente de la manera conservadora que dictaba la ABS, y nunca les habían llegado historias de Elefthería ni ningún movimiento por el estilo, querían lo mejor para Issei, y por ello querían que fuera a la capital para que les demostrara a todos que era alguien de valía, sin importar siquiera aquel resultado que marcaba que era un omega.

Al quedarse solo esa mañana, lloraba su maldita suerte de haber sido embaucado y secuestrado, mientras que Della se aprovechaba de sus deseos de prosperar. De haber seguido la norma, hubiera dicho que no a aquella propuesta de trabajo, y se hubiera quedado un poco más en Khosa, trabajando en la tienda de conveniencia, dando dinero a sus padres, esperando que un alfa del lugar lo decidiera tomar... pero aun siendo libre.

Hundía así el rostro en su almohada, en aquella enorme cama de satín rojo y paredes color borgoña, deshaciéndose en lágrimas sin parar de maldecir su suerte, llamando en voz ahogada a sus padres y rogando a O Théos por piedad. Fue cuando la puerta se abrió. No esperaba en serio verla esa mañana, pero Emily parecía del tipo que era fiel a su trabajo. Alzó entonces la vista para ver a la mucama entrar con la bandeja del desayuno, en un silencio solemne, y el rostro ensombrecido.

—Su desayuno. señorito... —dijo ella, dejando la bandeja en la mesita, sin atreverse a mirar a Issei por pena.

—Pensé que te quedarías en tu habitación o algo.

—Tengo labores qué hacer.

—Pero, creí que tú...

—Que yo ¿qué? —volteó entonces a verlo, con los ojos hinchados y ojerosos. Desde que volvió a su habitación después de lo sucedido, se había dedicado a llorar sin control, teniendo apenas la noción que el resto de empleados dormían y que debía ser prudente hasta en su propio dolor— ¿Creíste que iba a descansar después de lo de anoche? No soy como tú, omega, que está acostumbrado a tirarse en cama después de que se lo cogen, yo soy una persona con responsabilidades y labores importantes qué realizar.

—Ayer se notaba que estabas sufriendo —Issei le respondió, cubriendo parcialmente su desnudez con la tela satín que fungía como cobija—. Aún con esa droga, lo pude notar.

—Yo no estaba sufriendo —lo negaba, pues desde el momento en que Reese la llevó al cuarto de juegos, sabía a lo que iba a ir y tenía miedo. Incluso se repetía en su mente, como si fuera un conjuro, que deseaba que aquello no hubiera sucedido.

Issei no dijo nada más, pero era tan palpable el dolor de la castaña que temía decir algo que la lastimara más. Una lágrima cayó de nuevo por las mejillas de la chica, empezando a sacudir la cabeza negando cualquier pensamiento que la hiciera ver la realidad. Le causaba un extraño confort el pensar que Reese no la había violado tal como hizo con Issei, y terminó saliendo de la habitación antes que se fuera a romper en frente del omega. Apenas poner un pie fuera del pasillo que conectaba la habitación de Constantinescu con aquel pecaminoso lugar, soltó en llanto. Cerró la puerta como pudo y luego se tiró en el suelo, recostada en la misma puerta, para llorar su desgracia.

Se negaba a ver la verdad, no quería aceptar que la mujer que tanto idolatraba y deseaba con su alma, aquella alfa perfecta a sus ojos, se había atrevido a castigarla violándola y obligando a ver cómo hacía lo mismo con el omega que consideraba de su propiedad. ¿Esta era acaso la verdadera cara de Reese? ¿Así era la Señora gobernante de Brestán? Qué hipócrita era entonces, predicar y ordenar un código moral para todos, pero ella misma lo rompía de tantas maneras, ¿quién se creía entonces para hablar la palabra de O Théos?

Ignoró a fin de cuentas sus labores, no quería nada con nadie, ni verlos ni hablarles. Qué más le daba incluso si Reese se enojaba por aquel comportamiento, por la omisión de sus tareas. No quería ni siquiera verla en lo que quedaba del día por lo menos. Se encerró en su habitación a llorar nada más. Quería dejar todo salir, descansar también pues el dolor en sus piernas y cadera seguía presente. El simple hecho de orinar incluso era un martirio. Le hizo tanto daño y lo detestaba tanto, pero se repetía constantemente que no había sido así, que Reese en serio la apreciaba y que incluso las crueles palabras de desprecio que le dio no habían sido ciertas.

Por otro lado, la causante de todo esto no parecía tener remordimiento más allá que el de dormir más tarde de lo normal. Iba en su limosina hacia el pueblo de Khosa, donde casualmente se había levantado una alarma de secuestros de algunos omegas de la región. Reese misma había tomado la decisión de ir antes que a Airlia y Elefthería se les ocurriera ir a alborotar a las masas con su discurso fantasioso de equidad y de «liberarse del yugo desigual que los alfas han ejercido contra las minorías». Qué repugnante discurso daba aquella omega.

Apenas llegar la caravana de Constantinescu, una multitud de pueblerinos se hizo presente, persiguiendo los autos y sacudiendo papeles, fotografías, y pidiendo que hicieran algo con respecto a las abducciones de los jóvenes omegas del pueblo. Fueron ignorados todos, y luego llevados a un punto de reunión —un foro abierto improvisado y armado específicamente para la ocasión— donde se les hizo tomar asiento.

La conferencia dio pie entonces, una vez todos estuvieron en sus lugares, y tras unas cuantas palabras del Alcalde de Khosa, Reese pasó al estrado a hablar.

—El gobierno central de Brestán entiende perfectamente a su pueblo. Ustedes se encuentran en una situación desesperada, y comprendo perfectamente la pena que están pasando. Pero no tenemos por qué ser extremistas. Nuestro gran O Théos nos ha dado un sentido de libre albedrío que si bien nos ha constituido una bendición, es también una responsabilidad gigantesca. Por ese libre albedrío es el que podemos hacer cosas viles como engañar, ser infieles, huir de nuestras responsabilidades... entre otras cosas incluso peores. Y nuestra inocencia, más cuando se trata de los amorosos padres que ustedes son, nos ciega y nos hace creer que estas malas acciones son un error, y no las vemos. Les pido tener esto en mente, puesto que incluso en un lugar tan concurrido y abierto como Dita, los jóvenes huyen, se van de casa, con amantes secretos o por cuenta propia.

Sugería descaradamente que aquellos jóvenes que habían desaparecido pudieron haber huido de sus casas, e incluso acusaba a una supuesta promiscuidad. El público guardó un silencio casi

fúnebre, pues muchos se negaban a creer que eso realmente estaba pasando. Fue cuando una pareja tomó el valor de levantarse de su asiento.

En casos así, nadie tenía el valor de contradecir a Constantinescu, ella era casi una diosa para toda la población y una enviada de O Théos, pero el nivel de desesperación era enorme, y había una pareja ahí que se negaba a creer esa falacia.

Se pararon entonces, sosteniendo una fotografía en grande de un joven que Reese reconoció bien.

—Mi Señora, nuestro hijo se llama Issei Fujioka, lo hemos visto crecer desde su nacimiento hasta el día que nos lo arrebataron. Mi esposo y yo jamás pecamos de ausencia, y él siempre fue un buen muchacho. Tiene poco más de medio mes desde su desaparición, y créame cuando le decimos que lo conocemos tan bien como para saber que no ha huído con nadie —pronunció entonces el alfa, un hombre alto y con un fuerte parecido, aunque más viril, con Issei.

—Señor Fujioka —le llamó Reese entonces—, entiendo perfectamente su preocupación, pero en todo el país no ha habido ningún reporte ni de abducciones, asesinatos ni nada que pudiera ser preocupante. No menosprecio su preocupación, pero es imperativo que guarden la calma y no sean alarmistas.

—Nuestro Issei no pudo irse como usted dice, él fue reclutado para uno de sus programas sociales. Se fue casi el mismo día en que vinieron a ofrecerle ese apoyo —la madre del joven, un omega de cabello castaño, más bajo que su esposo, fue quien tomó palabra ahora, más alterado que el alfa.

Y fue ahí donde se podía caer la gran mentira que el gobierno había ocultado. Muchos otros entonces se armaron de valor y empezaron a repetir lo mismo, que varios habían sido llevados con la excusa de un programa social para impulsar a jóvenes talentos omegas. Sin embargo, y como toda una dama, Reese se mantuvo tranquila.

—En efecto, existe un programa donde los omegas están trabajando en Dita para desarrollar talentos y aptitudes, pero desde que lo iniciamos ha habido un gran número de desertores, a quienes hemos tenido la penosa necesidad de suspender la ayuda. Quizá sus hijos se encuentran en la lista de desertores. Sin intenciones de ofenderlos, pero muchas personas que vienen de pueblos pequeños se deslumbran con ciudades tan grandes y, simplemente siguen sus propios pasos. Se desatan de todo en busca de una vida mejor.

Aunque hubo algunos que cayeron en la mentira, los Fujioka se negaban a creer que su hijo era de esa clase de personas. Lo conocían perfectamente, y siendo que incluso se había negado al inicio de ir a Dita a participar en dicho apoyo, fueron ellos quienes le motivaron a ir. Y sentían por ello toda la culpa. De haberle permitido rechazar esa supuesta oportunidad...

La junta se dio así por finalizada, y Reese y su gabinete fueron a la alcaldía del pueblo. Habían unas cuantas cosas que discutir con el alcalde, pues era obvio que no estaba manejando correctamente la situación. Debían, pues, encubrir el asunto de las abducciones como un secreto a toda costa.

7

—Hoy tus padres preguntaron por ti —dijo Reese al joven Issei, quien se encontraba descansando en su cama. Era una de las aparentemente pocas ocasiones en las que le permitía descansar, y a diferencia del sexo desenfrenado que caracterizaba a la alfa, le otorgaba algunas caricias suaves, besos y demás. Issei no respondió ante la noticia, y Reese prosiguió—. Tienes unos padres muy cariñosos al parecer, y tengo que admitir que tu padre es de buen ver. ¿En qué trabaja?

Nuevamente el muchacho quedó en silencio total.

—No importa si no quieres decirme, a fin de cuentas no es una información muy importante. Pero, por tan sólo su manera de hablar, se nota como alguien de una inteligencia admirable. Es curioso entonces cómo accedió a dejarte participar en aquel "programa de trabajo". Creo que todos pecamos de ingenuidad alguna vez en nuestras vidas.

Todos menos ella, al parecer. No pudo evitar a lo largo de su vida tragarse el cuento de que era perfecta, y el trato recibido por el pueblo y la élite le confirmaban aquello como una verdad absoluta.

Issei mantuvo ese silencio todo el tiempo que Reese se mantuvo con esas caricias. Le pasaba sus largos y finos dedos por el rostro, con otro dedo revolvía un mechón de cabello, y luego bajaba una mano al vientre del muchacho. Ahora que lo pensaba, jamás había utilizado algún tipo de protección cuando tenían sexo, cosa que hacía con los otros omegas que fueron de su propiedad en algún momento.

No todos los omegas murieron, puesto que ella tampoco era un monstruo completo. Aún poseía el suficiente respeto por la vida humana como para procurar la salud de sus omegas. Lo que era una verdad, era que los fallecidos habían resultado de algún exceso en drogas para aumentar el celo o porque ella misma se excedió en el acto sexual. El resto había sido liberado después de mucho tiempo encerrados, cuando prácticamente se aburría de ellos. Pero en Issei había algo curioso y diferente. Ese aroma que desprendía su piel.

No se encontraba en días de celo, y ciertamente no podía ser algo de las drogas para el celo. Entonces, ¿a qué se debía? Ese aroma acaramelado y cálido, como el del pan recién horneado, permanecía en la piel del muchacho, y era algo que a Reese le gustaba tanto poder percibir. Era en verdad curioso, e Issei notaba aquel gusto que Reese le había agarrado al sentirla olfatear su cuello, y empezando a lamer la zona del trapecio.

—Deténgase, por favor —le pedía el pelinegro a la rubia, mientras hacía el esfuerzo por alejarla con las manos. Pero su fuerza era menor comparada a la de la alfa, quien se empezaba a remover en la cama para mantenerlo quieto, sosteniendo sus muñecas por sobre la cabeza.

—No me pidas imposibles, no podría detenerme ni aunque así lo quisiera. Tienes un aroma tan rico —le respondió Reese en un suspiro. Así entonces, siguió lamiento y besando, aspirando el aroma de la piel del muchacho, quien no se detenía en sus esfuerzos para quitársela de encima. Incluso intentó patearla en donde fuera, así cayera el impacto en su costado, un rodillazo en su vientre una patada en la entrepierna.

Pero no surtía efecto. Reese empezaba a dejar mordidas suaves ante la intoxicación causada por aquel dulce aroma, tan irresistible que le iba haciendo perder la razón aun cuando ninguno de

los dos estaba en su temporada de celo. ¿Qué era lo que tenía este muchacho? De un inicio lo encontraba magistral en la cama, tan inocente y manejable, que la podía enloquecer con prontitud.

De repente esas mordidas suaves ya no le estaban bastando. Sentía una extraña y nueva necesidad por morder con fuerza hasta dejar una marca, su marca. Aun cuando nadie más lo veía ni sabían de su existencia en Dita, necesitaba marcarlo, hacerlo de forma oficial su propiedad, su omega. Que incluso cuando Emily entrara a alimentarlo pudiera notarlo, que era únicamente de Reese y de nadie más. Pero pronto se detuvo, justamente por esa manera en la que estaba ella misma enloqueciendo. Se dio cuenta entonces que no se podía gobernar debidamente, que estaba cayendo en esos instintos primitivos que siempre había criticado y que incluso alentaba al pueblo a controlar. Así de golpe, dejó a Issei, casi empujándolo en la cama y saliendo de ahí.

Al volver a su habitación, no pudo hacer menos que meditar el asunto. Ya era de noche, incluso al entrar había traído puesta la ropa de cama. Se sentó entonces en la cama, recordando en su mente las reacciones que tuvo, incluso recordando el delicioso aroma, y sintiéndose por un par de segundos volver a perderse en el mismo. Y al volver en sí, únicamente se preguntaba el por qué de esas reacciones. Bueno, había escuchado de algunas personas que habían personas destinadas, una de esas fantasías amorosas que tiñen todo de color de rosa, en las cuales ella nunca creyó. Aunque, ahora se prestaba un poco a pensar en el tema.

Ella no era del tipo de personas que creían necesariamente en compartir su vida con alguien más, y no esperaba que a lo largo de sus años pudiera permanecer con una sola pareja sexual sin aburrirse de ésta, dado que estaba en sus costumbres ser no sólo la que manda en la cama, sino que siempre sus parejas terminaban arruinadas en varios aspectos. Y ahora, tenía encerrado a un omega cuyo aroma natural la cautivaba, y no solo eso, le empezaba a mimar en vez de romperlo en la cama.

Los días posteriores, por gracia de O Théos, tuvo bastante trabajo por lo cual su mente no fue absorbida en esos pensamientos confusos, e incluso le pudo conceder un tiempo de descanso al muchacho, al no estar asistiendo en las noches a la habitación de juegos. De ese modo, no pudo ni siquiera darse un momento a recordar el aroma que Issei despedía. Habían algunos congresos, problemas con ciertas legislaturas y sumado a ello, el problema de las cada vez más constantes protestas de Elefthería. Todo lo demás tenía maneras sencillas de arreglarse, pero el asunto de las protestas era muy sensible. Bien podría ignorarlos, como llevaba haciendo hace poco tiempo, pero eso solamente haría que las protestas se fueran acrecentando, y en algún momento no sólo habría que lidiar con aquella célula rebelde, sino que podrían llegar a infectar a otros con ese pensamiento tan peligroso que predicaban.

Se había mandado a subir la última entrada de la Gaceta Oficial, desprestigiando el movimiento de Elefthería a fin de que los ciudadanos de Brestán no cayeran de manera tan simple en el discurso de equidad y liberación que daban. Lamentablemente, muchos no eran tan débiles de mente como ella quería creer. A fin de cuentas, eran tiempos modernos, las épocas cambian y era de obviar que muchos se estarían hartando de aquel papel doméstico y carnal que los omegas desempeñaban. Y eso era algo normal, cualquier ser con dos dedos de frente estaría hartado de un trato así. Pero la costumbre también es bastante fuerte, y estaba segura de que habían muchos que no estaban de acuerdo pero estaban igual bastante aterrados o dubitativos a manifestar su inconformidad. Igualmente y por ello era que Elefthería estaba conformado por jóvenes en su mayoría, a excepción, claro está, de Airlia, su fundadora.

—Lo más probable es que se encuentre ligada a su omega, Mi Señora —comentó el senador Fieschi apenas escuchar el dilema entero de la gobernante.

—¿Es posible eso? Vamos, que usualmente venden la idea del lazo como algo romántico. Ya sabes, «los que están destinados a ser» —Reese preguntó, fumando un poco y dejando salir el humo del cigarro por sus labios—. La idea de generar un lazo se espera que sea con algún omega al que se ame profundamente. Issei para mí no es más que un omega con el que puedo saciarme.

—Créame que ese fue el mismo pensamiento que tuve con mi Pietro. Era un amante más, solamente un joven prostituto al que le hacía la caridad de darle unos cuantos dalers y una buena cogida. Pero aun cuando nunca tuve en mente algo más que eso, caí ante él. Primero fue el olor, algo que jamás había olido y que me cautivaba aun cuando él no se encontrara en su celo. Poco a poco pasó de ser ese cautivante olor a simplemente no poder estar ni un momento alejado, y esa terrible ansia de morderlo hasta que doliera... terminé por marcarlo, presentarlo ante mi familia, y finalmente casarme con él.

—Aun así, en el caso de que fuera un lazo lo que está ocurriendo, ¿no es acaso limitante el obtener uno? Peor aún, llegar al matrimonio es casi como enjaularse a sí mismo.

—Considero aquello válido únicamente para los omegas. Recuerde, Mi Señora, que los alfas estamos exentos del efecto nocivo de los lazos. Sí, nosotros mordemos y somos quienes los generan, pero son los omegas quienes arriesgan su vida por ese lazo. Si yo mañana me aburriera de Pietro, y encontrara otro omega que me genera la misma emoción que sentí al reconocer la atracción que le tenía, me bastará marcar a ese nuevo omega y divorciarme de Pietro. A fin de cuentas, será él quien al final será propenso a morir por ello. Los alfas no tenemos ese problema. Siéntase entonces libre de marcar a su pequeño Issei, si es que lo siente necesareio. Al final del día, tanto él será el que sufra de amor en cuanto usted decida romper el lazo, como si llega a morir, lo podrá dejar en cualquier sitio y echarle la culpa de su muerte a alguien más.

La rubia sonrió así. Vaya que la naturaleza le había consentido tantas ventajas. En definitiva los alfas eran seres totalmente superiores. Que esos tontos de Elefthería vieran cuán equivocados estaban al pensar que podrían ser siquiera la mitad de lo que un solo alfa es.

—Como representante de la virtud y la decencia, y sobre todo, como la Presidenta de la Asociación por el Bienestar Social, estoy en la labor de dar un fuerte ejemplo de la imagen de ciudadano perfecto que O Théos nos ha dictado —mencionó la albina, levantándose de su silla tras el escritorio, y empezando a caminar hacia el otro lado de la oficina.

—Sin embargo, tiene a un precioso joven que la enloquece, en una habitación secreta de su mansión —Fieschi añadió, sonriendo con sorna, a lo cual la mujer le devolvió dicho gesto.

Admitían ambos estar podridos y no retractarse de ello. Eran, a fin de cuentas, la élite de Brestán, tenían el control de todo, y lo único que debía preocuparles era cómo evitar que revoltosos como Elefthería les quitaran sus puestos.

—Me dieron desde niña que mi futuro sería brillante, y cuando mi examen dio como resultado «alfa», me dijeron que el mundo sería mío. Mi querido padre no se equivocaba para nada en su predicción acerca de mi futuro —Reese tomó dos copas y una botella de champaña, y sirvió para su íntimo amigo y para ella. Servidas, las hicieron chocar con gracia, haciendo un brindis por su prosperidad y el hermoso atajo que la vida le había dado. No había absolutamente nada de qué preocuparse.

La vida era en definitiva un dulce atajo para aquellos que gozaban los privilegios de pertenecer a esa élite corrupta.

En otro lado de la ciudad, Emily se encontraba haciendo sus compras necesarias. Era su día libre y necesitaba algunos suministros personales. Por ejemplo, estaba por terminar sus provisiones de tampones y analgésicos. Estos últimos los había agotado después de la noche en

que «se entregó de manera forzada» a su empleadora. Pensar en cualquier cosa que le hiciera recordar dicha noche le causaba un miedo severo, haciendo que incluso su cuerpo temblara y su piel se tornara pálida. Sacudió un momento su cabeza, como tirando de su mente en dicha acción esas malas memorias. Compró de esa manera los tampones que necesitaba, algunas cajas de paracetamol y diclofenaco, y alguno que otro bocadillo que se le antojara.

Por la comida ella no se preocupaba mucho, puesto que todo lo que comía corría por cuenta de las provisiones de Constantinescu, y era algo por lo que usualmente se sentía agradecida, puesto que la deducción por los alimentos era mínima, y la dejaba con una buena ganancia a final de mes.

Se fue a dar algunas vueltas en el centro de Dita, una zona comercial que contaba con diversos locales de materias primas de distintos rubros a precios excelentes. También habían sitios donde se podían comprar artículos de uso diario a precios de mayoreo. La zona era tan popular que incluso gente de ciudades lejanas llegaban a comprar artículos con tal de venderlos en sus lugares de residencia. Emily no era una persona que estuviera al tanto de las gangas o que se interesara por iniciar un negocio de venta de artículos, pero el bullicio de la gente le era extrañamente medicinal en esta ocasión. Se había acostumbrado al silencio y la tranquilidad durante su tiempo sirviendo como mucama, y era quizá esa la razón por la que el ruido de las personas, los autos, y los gritos de los tenderos le hacían sentirse como tal, en otro lugar.

Deambuló por el centro un largo tiempo, incluso le llamó la atención la quietud de los suburbios aledaños al centro. Era muy cómodo ver las casas pequeñas, a lo más de dos pisos de altura, y a la gente caminando de vuelta a sus casas de la escuela o el trabajo. Sentía de repente que su vida no era ya la típica de una mujer joven de su edad, pero no le era de mucha importancia.

Volvió a la mansión Constantinescu al rato de su paseo, y subió a su habitación. Desde hace unos días estaba notando la manera en que sus compañeros de trabajo le veía, y si no estaba mal, podía incluso escuchar que murmuraban cosas de ella cuando creían que ella no escuchaba. Esta vez, no fue la excepción. Apenas llegar, un par de mucamas que se encargaban de la limpieza de la sala principal se detuvieron de una plática que estaban entablando, y apenas ver a Emily entrar, incluso voltearon a ver hacia otro lado. La castaña pasó sin decir nada, más bien ignorando en su totalidad el acto. Sabía que era de ella de quien hablaban antes de que se interrumpieran. Sino, ¿por qué guardar silencio tan repentino?

Por lo menos nadie la molestaba directamente... eso hasta ahora. Apenas subir e ir al ala donde la servidumbre dormía, un muchacho pelirrojo murmuró en voz audible.

—Creí que iría a la habitación de la Señora.

—Disculpa, ¿dijiste algo? —ella se volteó apenas escuchar la oración, pero el chico se hizo el tonto— Vóltea a verme, escuché lo que dijiste. ¿Por qué iría a la habitación de la Señora?

—Bueno, siendo que has estado pasando las noches con ella, y no creo que sea por razones de trabajo —sin dirigirle la mirada, y siguiendo en su tarea de limpiar los adornos de las mesas de ornato, el pelirrojo le contestaba.

Emily iba a ignorar las palabras de su compañero, a fin de cuentas estaba consciente de que podrían ser provocaciones sin más, pero al voltearse escuchó la risilla del pelirrojo, acompañado de las palabras «el silencio otorga».

La castaña no pudo contra eso, y de inmediato se dio la vuelta para tomarlo del brazo y hacerlo voltear igualmente hacia ella.

—Escúchame, Devon, tú no tienes idea de lo que sucede, y si he ido o no a la habitación de la Señora, eso no es nada que a ti o a nadie le incumba.

—Entonces es un «sí». Maldita loca, ¿qué tal es que te coja alguien de tanto poder? ¿Es diferente a los alfas normales? ¿O a los machos betas? —aunque hasta cierto punto esa curiosidad podía considerarse normal, Devon no era ni amigo ni siquiera conocido de Emily como para tener la confianza necesaria para preguntarlo. Al contrario, era morboso y sucio, y por ello era ofensivo para la muchacha. Y ganas no le faltaban de golpearlo, pero eso le terminaría atrayendo problemas con su Señora, y no era lo que deseaba ni necesitaba en estos momentos. Capaz era de que, a modo de castigo, repitiera lo de la noche anterior. Y de sólo pensarlo, se ponía pálida y le daba un frío repentino.

Por ese mismo frío, Devon notó algún gatillo en la situación, en sus palabras quizá, que le estaban disparando esa clase de reacciones. Sonrió incluso al notar la reacción desfavorable, y haciendo que lo soltara, se marchó del lugar. Era evidente que iría a contar como cotilleo aquel altercado, y la de por sí desbalanceada reputación de Emily en la mansión caería más. La castaña suspiró de forma entrecortada, se le estaba cayendo todo por un par de rumores —que eran más verdad que rumores solamente—. En una situación más saludable, donde ella hubiera estado de acuerdo en todo, esos rumores no le afectarían en lo más mínimo. Incluso, como en ciertas novelas eróticas, sería motivo de cotilleo personal con la Señora, quien castigaría entonces a los otros con tal de dejar de hablar a las espaldas de Emily.

E incluso, en sus más insanas fantasías, Reese la hubiera elegido para casarse. La marcaría a pesar de ser una beta, y nadie diría absolutamente nada a excepción de buenos deseos y palabras de envidia. Y sería feliz, por haberse casado con alguien que deseaba y que era de poder a la vez.

Pero era, como tal, una simple fantasía. Y las fantasías no se vuelven reales, ¿o sí? Hubiera querido descubrirlo con el tiempo, antes de que pasara lo de la noche del castigo. Desde esa noche, tenía miedo de verla, aun cuando no quería admitir que le había despertado esa horrenda sensación. Temía también ver a Issei, pues le recordaba sus palabras sobre que Emily también había abusado de él, y ella no había querido ver de esa forma. Bien que se acuerda, *«los omegas no pueden ser violados»*, y entonces recuerda la inyección, el dildo que le introdujeron, y el dolor, el terrible dolor en su cuerpo y en su alma, mientras si no mal recuerda, Issei en medio de su inconsciencia le pedía ayudarlo con la mirada.

8

Mientras más lo pensaba, la idea de marcar a Issei se volvía más tentadora. Claro que tenía el obstáculo de la búsqueda que sus padres estaban emprendiendo para encontrarlo, y para su mala fortuna, los informes de omegas desaparecidos había llegado a manos de Airlia Doxiadis, quien había prometido publicarlos en cuanto estuvieran verificados. No dudaba que el nombre de Issei Fujioka apareciera entre todos los nombres. Pero si lo analizaba correctamente, ella contaba con el poder y la influencia suficientes como para no sólo darle un nuevo nombre al joven que yacía aún encerrado en su cuarto de juegos de terciopelo rojo, sino que también podía fabricar un cadáver, dar los informes que ella quisiera sobre su muerte y limpiarse las manos, tanto a ella como compradora del joven, y a Della como secuestradora y traficante.

No tenía absolutamente nada qué perder, cualquier plan que tuviera, aun fuera lo más tonto del mundo, funcionaría, gracias a que tenía a miles de peones en el gobierno encargado, quienes quisieran o no, arriesgarían su pellejo con tal de demostrar la supuesta inocencia de su mandataria. Llegó a hablar del tema una vez más con Fieschi, quien parecía alentarla a marcar al muchacho, alegando al goce que una marca podía proporcionar en su ego. Y pensaba también en ello. Una marca que pudiera hacer al chico salir de aquella prisión en la que se encontraba, salir con tal de que ella presumiera al delicioso pedazo de pastel que tenía para devorar. Issei era realmente precioso, bien formado, y tan tímido que a otro alfa también se le haría agua la boca con tan sólo pensar en probar un poco de su piel. Y al ver la marca, todos ellos sabrían que no podrían, puesto que le pertenecía a nadie más que es ella. De solo pensar en la envidia que podría despertar en otros, sonrió de satisfacción en la soledad de su limosina.

Llegó a casa como siempre hacía, con Emily recibéndola, e ignorando el estado en el que la joven castaña se encontraba. Desde hace unos días ya no era la misma. Bajaba la mirada con tal de no encontrarse con los gélidos ojos azules de la alfa, y atendía con una voz igualmente fría a su llamado. En tan poco tiempo, los rumores y la violencia en el trato con su patrona la habían roto. Emily se había creído tan fuerte, tan estoica, que no pudo ver venir aquello que la quebró de esa manera. Aunque claro, uno nunca espera que alguien le haga alguna atrocidad de ese calibre.

En cuanto le fue servida la cena, pidió que cada uno de los sirvientes se retirara a descansar, con la excepción de Emily. No quería admitir que con ella también había formado una especie de lazo, aun cuando no era el que esperaba la castaña, y el que en sus adentros ya no deseaba. Emily entonces permaneció, con las manos una encima de la otra, esperando en silencio cualquier orden que le fuera dada.

—He pensado mucho en estos días, desde que... ya sabes, tú y yo nos divertimos un poco en la habitación —empezó Reese, notando la tensión en el cuerpo de la beta apenas le fue mencionada la noche de su violación—. He pensado, sobre todo, en la manera en la que he empezado a desperdiciar mi juventud. Vamos, soy la gobernante de Brestán, y la Suma Sacerdotisa de la Asociación. Debería ser yo quien dé el mejor de los ejemplos a mis súbditos, ¿no lo crees así, Em?

Em, nunca le había dado un apodo de ese tipo, y por más cariñoso que sonara junto con el dulce tono de voz que usaba ahora, le asqueaba.

—Supongo que, eso es verdad, usted es quien debe poner un ejemplo —Emily sonaba un poco

sarcástica, insolente en un grado leve. Le causaba gracia y coraje a la vez que mencionara que debía dar un ejemplo, cuando ella podría representar varios pecados a quien la conociera bien.

—Es por ello que he decidido sentar cabeza. Estoy casi en el límite de la edad apta para un matrimonio. Treinta y seis años ya es bastante tiempo, aún para una alfa. Por ello decidí que esta noche marcaré a Issei, y a partir de mañana, saldrá de la habitación roja para tener una fiesta formal. La primera de su vida, ¿acaso no te causa emoción? Dejaré que algunos de los diputados y de los senadores lo conozcan, y en unas semanas más daremos una cena para anunciar nuestro compromiso.

Lo que le causaba más repulsión no era el hecho de que, a sabiendas de los sentimientos que Emily albergaba hacia Reese, tuviera el descaro de anunciar un compromiso con aquel omega que se encontraba en estos momentos atado a una cama. La expresión que puso al momento de escuchar la palabra «compromiso» describía perfectamente el terrible shock que le causaba el escucharlo. Reese sonrió al notar la conmoción en el rostro de su criada. Supo que dio en el blanco apenas verla, y entonces sería muy divertida la petición que le haría.

—Es por eso, mi querida niña, que necesito con urgencia que te encargues de los preparativos de la fiesta de compromiso y la boda. No podría confiarle a nadie más que a ti una labor tan grande. Después de todo, eres la mujer más ordenada y comprometida para su trabajo que conozco de una vida entera. Nunca me has defraudado realmente, y espero que esta no sea la primera vez —la voz de Reese se volvió a un tono terso, seductor, mientras acariciaba el cuello de la castaña con sus dedos, como si de una pieza fina de porcelana se tratara. Emily entonces se tensó, y su piel se fue erizando como si un frío infernal entrara en contacto con ella. Tenía una mezcla insoportable de sentimientos de los cuales no podía escapar, y no podía ofrecer una respuesta más que quedarse callada. Fue cuando Reese la comprometió a la fuerza, susurrando en su oído «el silencio otorga».

Y dicho así, la albina se marchó del lugar, dejando su cena casi intacta. Emily seguía en ese estado de shock, ahora comprometida sin desearlo a organizar la fiesta de compromiso. Seguramente la querría lista para el mes entrante, para que fuera convincente la fachada del amante secreto, y que Issei terminara de conocer a por lo menos los amigos íntimos de la Señora. La cena de mañana para presentarlo no debería ser tan problemática, siendo que se podía planear según lo indicado en el protocolo. No se sentía con la fuerza necesaria para una labor como organizar una cena de compromiso y una boda, no por el trabajo que conlleva, sino porque era el último golpe que necesitaba para derrumbarse.

No reaccionó hasta unos momentos después, cuando un par de mucamas volvieron a la cocina tras ver que Reese se había ido.

—Deprisa, Emily, hoy y mañana tendremos mucho trabajo, habrá una cena especial. Debemos dejar la mansión en condiciones —la mayor, una mujer de aproximadamente cuarenta y tantos, y quien era la ama de llaves y mucama personal de Reese, hasta que Emily llegó. Era notorio que le tuviera algo de resentimiento por quitarle un puesto tan importante.

—S-si, Melina —dijo tartamudeando ligeramente, mientras que Melina y la otra joven le echaban miradas sospechosas y murmuraban a sus espaldas.

Pero en lugar de asistirles a ellas y a los otros que empezaban con las labores de orden y limpieza, Emily subió directamente a su habitación, encerrándose mientras pensaba, o intentaba no pensar, sobre cómo sobrellevar la situación. Su mente se sentía como un revoltijo de todo, como si el sonido de cien mil abejas se hiciera presente poco a poco, penetrando en sus oídos, perdiendo por un momento la percepción de la vista y cambiando la escena de su habitación a un montón de

estática. Juraría que estaba enloqueciendo progresivamente, era como si entre todo el sonido del silencio inerte un montón de voces le gritara distintas cosas, cada vez más discordantes.

«Es una prueba más, ella al final te elegirá a ti», «¿No puedes ver que te está humillando?», «Lo hace para guardar apariencias, te tendrá como amante por seguro», «¿De qué manera ser una amante es un alivio?»

Las lágrimas bajaban por sus mejillas sin parar, no quería creerle a las voces que le gritaban la verdad, pero tampoco podía creerle a las que le animaban de seguir al lado de Reese. Era un auténtico desastre, y no sabía hacia dónde huir, si quedarse o largarse, todo se le venía abajo. De repente le venía Reese a la mente, como la alfa que siempre deseó, y a la vez como aquella abusadora que la hizo mirar aquel espectáculo infernal.

Emily se caía a pedazos, mientras que Reese entraba a la habitación de juegos, a ver a Issei, y prepararlo para el gran momento. El joven volteó a verla apenas escuchó la puerta abrirse. Aunque era alimentado, eran tan pocas las calorías consumidas que sentía que moría de hambre, y todo porque no era conveniente que subiera de peso. Al ver a Reese se encogió en su lugar, pero pronto recobró la compostura, sentándose recto en la cama, como si fuera a ser reprendido en cuanto ella viera lo que considerara una falta de respeto a su presencia.

—Issei, cariño, hoy quiero hablar un poco contigo —la albina dijo apenas verlo en esa posición, cayendo en gracia la actitud del moreno.

—¿Hablar? —preguntaba el muchacho, aun algo escéptico de aquello. Normalmente no le decía nada, solamente le daba órdenes sobre la posición que harían en esta ocasión. Sentarse a hablar nada más era bastante fuera de lo normal.

—Sí, hablar antes de cualquier cosa. Quiero saber, antes que nada, lo que sientes y piensas cada vez que te tomo —le dijo de una manera tan casual, como quitándose por ese momento el velo de mujer correcta y solemne, mientras se sentaba al lado de Issei y le tomaba la mano.

¿Cuál era la intención tras esa manera de actuar? El muchacho se preguntaba, volteando a verla con discreción, permitiéndole coger su mano y acariciarla de forma tan amistosa.

—Pues... no tengo una idea clara de cómo expresarlo... —no podía ser sincero y dejarle en claro el sufrimiento que le causaba.

—Bueno, creo darme una ligera idea. Quiero suponer que en esta temporada en la que no te encuentras en celo, ha de ser insoportable el complacerme en mis necesidades, pero en cuanto tu ciclo llega... Es eso lo que me llama la atención, cuando reclamas que alguien te posea.

Issei se volteó hacia el lado contrario. Si bien era una forma más educada en la que ella se estaba refiriendo al sexo —más educada que de costumbre—, le cohibía el tema. Para empezar porque de su casa había salido con una educación sobre la vergüenza del sexo, con valores muy conservadores hasta donde era algo respetable, aun para haber resultado un omega, lo habían estado criando para respetar y darse a respetar. Y entre esas lecciones se encontraba que los asuntos de la intimidad sólo se comentaban entre el padre y el hijo, entre la pareja con toda la confianza del mundo, pero no con extraños, ni amigos ni nadie indigno.

El chico no supo qué contestarle al respecto. No era muy consciente de sí en cuanto entraba en celo, así que una respuesta clara era imposible de dar. Reese le miró entonces con una sonrisa, y se juntó más a él, sin permitirle que viera la jeringa que sacaba del bolsillo de su bata.

—Querido, ¿has pensado los grandes beneficios que te puede traer convertirte en el omega de alguien de élite? Piensa tan sólo en las riquezas que te podrían proporcionar, todas esas fiestas, el estatus... el placer que solamente un alfa tan puro te podría dar —poco a poco se iba acercando más, mientras su tono seductor iba apareciendo. Cuando Issei estuvo alerta de lo que tramaba, era

tarde, pues ella le había clavado en el cuello la jeringa con hormonas—. Te prometo que esta marca será lo más maravilloso que te pueda pasar. Piensa en tus padres, y lo complacidos que estarán de saber que te has conseguido a la mejor alfa de todos.

Poco pudo hacer Fujioka para defenderse de aquel ataque, y más temprano que tarde el efecto de la solución hormonal lo hizo empezar un celo repentino, sintiendo el calor de su cuerpo aumentar en un parpadeo, y sintiendo incluso cómo su entrada empezaba a generar fluidos suficientes como para darle la bienvenida al miembro enorme de Constantinescu. La albina sonrió entonces, satisfecha de esa reacción efectiva, empezando a meter sus dedos en el interior del chico para estimularlo.

—Gime mi nombre, ruega porque te penetre, pequeño perro. No puedo creer aún que tú eres totalmente mío —y en un poco más, esa afirmación sería una sentencia legítima.

No perdió tiempo en absoluto, bajándose la ropa interior y colocando al otro en cuatro para ponerse tras de él. Sería una ocasión rápida, pero lo necesitaba en ese estado para hacer la ocasión más especial y el lazo más efectivo. Así, lo penetró con violencia, haciendo que Issei gritara en una mezcla de sensaciones, entre el dolor, el alivio y el placer. Gemía con fuerza, como un animal enloquecido, empezando a pedirle más, gritando su nombre desesperado, lo cual se escuchaba como música para Reese. La motivaba a hacerlo de forma más brutal, a gritarle incluso que él le pertenecía, y entre gritos y los golpeteos incesantes de sus pieles al contacto, Constantinescu lamó sus labios, apuntando hacia el hombro izquierdo de Issei para así morderlo con fuerza, encajando sus colmillos que hasta ahora se habían pasado por alto, aferrados a la piel del muchacho como si quisiera arrancar un trozo de carne de su trapecio.

Issei Fujioka soltó un grito de dolor agonizante, como jamás había gritado antes. En verdad debía ser un momento doloroso, pues su cuerpo se tensó mucho, contrayendo cada músculo, incluso contrayendo su interior con fuerza debido a todo el dolor que la mordida le dejaba. Y tras unos segundos, pudo sentir la sangre empezar a brotar de la herida, sentir el líquido tibio salir y mezclarse incluso con la saliva de la mujer, mientras que ella bebía de su sangre. Parecía que incluso gruñía al hacerlo, y cuando finalmente lo soltó, se corrió en su interior.

Lo dejó entonces, e Issei cayó en la cama, sintiéndose repentinamente mareado, aún caliente, pero con una enorme presión en su pecho. Le costaba respirar, pero fue consciente del momento en que su carne fue regenerándose lentamente, sellando la figura de los dientes de Reese y volviéndose esa marca que sellaba su destino al lado de la gobernante del país.

9

En el cuartel de Elefthería había calma. Relativamente hablando, había calma. Teléfonos sonando y gente hablando por los mismos, el sonido de las máquinas de escribir golpeteando el rodillo con el papel —puesto que no puedes hackear una máquina de escribir—, gente escaneando documentos y luego guardándolos en una bóveda cifrada. Era un día normal en el cuartel del movimiento libertario. En su oficina, Airlia Doxiadis terminaba de leer la enorme lista de desapariciones reportadas en pueblos costeros de Brestán, entre los cuales se había aprendido el nombre y el rostro de los padres de Issei Fujioka.

Había poca información recabada sobre él. La mayoría de sus primeros años en compañía de su familia, en Khosa. Según el testimonio de los padres, había sido contactado por una organización del gobierno, que prometía darle un trabajo e instalarlo en la capital Dita, pero después de pocos días sin poder tener contacto, empezaron a preocuparse. También hablaron sobre lo que Reese Constantinescu les dijo, alegando una posibilidad de que Issei hubiera huido de su instalación en la capital para hacerse un camino propio, cosa que veían imposible. Le llamaba tanto la atención dicha declaración, pues si no le fallaba su razonamiento, sonaba a que quería distraer la atención del punto. Pero entonces, seguía la incógnita de en dónde se encuentra Issei, y todos los omegas que han sido sustraídos de la misma manera. ¿Cómo es que nadie se ha alarmado aún de las desapariciones tras aceptar participar en aquel «programa»? A menos que, haya habido ya quejas y reportes, y el gobierno los ignore o silencie. De ser el caso, es para esto que Elefthería ha nacido.

—Lo más probable, y tengo miedo de que sea el escenario correcto —explicaba Doxiadis a los Fujioka—, es que este supuesto programa sea una especie de operativo para sustraer omegas de sus hogares y... —esa ligera pausa indicaba algo que no quería pronunciar, y que lamentablemente los contrarios pudieron leer en el ambiente.

—Y... como, ¿venderlos? ¿Prostituirlos? —el padre de Issei dijo entonces, con cierto nerviosismo a pesar de su intento de permanecer inamovible.

—Me temo que sí —repuso Airlia, y en un acto de empatía, tomó las manos del otro omega, madre de Issei, quien se veía en cualquier momento por quebrarse ante la idea de su pequeño siendo violentado por extraños.

—¿Hay alguna manera de saber si esto es verdad? —el padre volvió a hablar, sin tocar a su esposo todavía.

—Me temo que no —repitió Airlia, sin soltar al omega—, puesto que de ser el caso, el gobierno o sea quien sea la persona que los está reclutando, tiene muy bien ocultas sus pistas, y se encuentra muy por fuera del alcance de esta organización. Por favor, entiendan que nuestra principal actividad es difundir información, y no contamos con métodos de espionaje o de intrusión a sistemas. Nos hace falta gente que lo sepa, pero muchos tienen miedo a involucrarse.

La mayoría de miembros de Elefthería eran capitalinos, muy pocos venían de pueblos aledaños, y justamente los que se veían más afectados por este asunto de sustracción eran los habitantes de pueblos lejanos. Sin mencionar la enorme prohibición hacia los omegas en escuelas superiores, difícilmente podrían obtener el conocimiento necesario para realizar una operación que no esté estrechamente relacionada con la investigación y ya.

—Pero, guarden por favor la calma —Doxiadis siguió comentando, esperando que no reaccionaran de mala manera—. Hacemos todo lo que podemos, y tras estas investigaciones les prometo que nos centraremos en especial en la ABS. No nos sorprendería si ellos tuvieran alguna relación con esto, en especial en lo que concierne al trabajo de encubrir las acciones fraudulentas del supuesto programa. Ya sabe, con tal de proteger el bienestar social, encubrir un problema social es plausible a sus ojos.

Y hablaba con razón, pero los nervios de los Fujioka estaban al límite, por lo que prefirieron irse por ese momento. Al día siguiente quizá volverán. Por ahora necesitan descanso para su mente y su corazón. Después de que ellos salieran, un muchacho pelirrojo y de tez bronceada entró a la oficina con una lata de café helado.

—Más padres de hijos desaparecidos, ¿no? —dijo ofreciendo a la mayor la bebida, quien la tomó de su mano, pero la dejó en el escritorio.

—Así es. Cada vez estamos más cerca de lo que pasa con esos muchachos, pero es aún demasiado especular.

—¿Aún es demasiado? ¿Cuándo ya les has dado el tema de la trata como una posibilidad?

—Entenderás que teniendo algo tan enigmático, es una realidad a la que debemos prepararnos a enfrentar por cualquier duda. En el mejor de los casos, los muchachos han huido tal y como Constantinescu dijo hace días en Khosa. En el peor, han sido víctimas de trata —Airlia entonces tomó la lata y se mantuvo jugando con ella por un momento—. Tenemos qué averiguar más cosas, pero sin los medios apropiados constituirá un riesgo enorme, Tenmei.

Tenmei Himura provenía también de Khosa, pero llegó a la capital hacía poco tiempo tras el surgimiento de Elefthería. No había tenido el placer de conocer a los Fujioka, aun cuando provienen del mismo lugar, puesto que a diferencia de Issei —quien tuvo una familia abierta al conocimiento y la educación—, Tenmei vivió sobreprotegido por sus padres, y cuya sobreprotección se acrecentó al ser nombrado un omega. A día de hoy, sus padres seguían sin contestar sus llamadas por haberse ido a Dita para participar en el grupo de liberación.

El pelirrojo se sentó en frente del escritorio, revisando por encima algunos de los papeles sobre el tema. Y luego decidió encender la televisión, viendo el noticiero matutino. No había nada remarcable en aquel programa, ni siquiera contando el boletín matutino de la ABS, donde una voz en off e imágenes de familias aparentemente felices recordaban a los habitantes la necesidad del santo matrimonio en sus vidas.

—Escuché que esta noche hay otra fiesta en la casa de la Señora Constantinescu —comentó el muchacho, abriendo su propia lata de café y bebiendo de la misma.

—Tengo una idea bastante pervertida. Que, en esas dichosas fiestas, llenas de alfas acaudalados, es donde se cometen estos actos de trata —Airlia menciona, sin abrir aún su lata.

—Suenan muy pervertido, mas no descabellado. Es como esos harems de medio oriente, donde hay cientos de vírgenes y el sultán elige una para añadir a su colección de consortes. Sólo que los de medio oriente son más organizados en esos aspectos.

—En ambos casos es algo inmoral. Aquí es ilegal, en medio oriente está permitido, pero le roban la inocencia a omegas indefensos.

Tenmei se quedó callado al respecto. Bien, él no era un experto del todo en las costumbres extranjeras, así que lo mejor era centrarse en los asuntos de Bregna, los que conoce bien y le conciernen—Y bien, ¿hay algo qué hacer con esa fiesta? —Airlia mencionó poco después, en lo que escuchaban el noticiero sin mucho qué hacer.

—Oh, cierto. Realmente no hay mucho qué pensar o hacer con ello, pero sería una idea

interesante el espiarlos. Vi en el registro que tenemos a tres personas que trabajan para una compañía de banquetes. Si podemos confirmar que es la misma compañía que contratarían para la fiesta de Constantinescu, entonces podríamos colocar algunos micrófonos y cosas de ese estilo.

Idea muy descabellada, pero no imposible. Y no estaba del todo mal. Si colocaran pequeños micrófonos en, por ejemplo, adornos de mesa o flores de ornato, bien distribuidos podrían dar un panorama bastante general de todo. Un micrófono por mesa y tres en la mesa de banquetes. Airlia dio entonces luz verde a Tenmei para que buscara a dichos miembros del grupo y les explicara la situación. Estuvo complacida cuando supo de parte de ellos que justamente la tarde anterior recibieron la orden de asistir en la tarde a arreglar el banquete en casa de la gobernante. Así pues, consiguieron tan pronto como pudieron, los micrófonos y canceladores de sonido necesarios para poner en marcha su pequeña labor de espionaje, rogando en sus adentros que nadie notara aquello.

Los preparativos no solamente estaban realizándose en las instalaciones de Elefthería, sino que también en la mansión de Constantinescu. Todos los sirvientes se encontraban en constante movimiento, y algunos —si no es que todos—comentaban que esa noche iba a pasar algo importante. Uno de los sirvientes había escuchado la conversación de Reese con Emily la noche pasada, y dijo sin miedo ni vergüenza que la Señora iba a presentar a alguien ante la sociedad. Así que el rumor pasaba de boca en boca, y algunos aprovechaban a molestar a Emily con ello. A sus espaldas se llegaban a burlar de ella, y ahora también lo hacían con indirectas lanzadas a su rostro.

La castaña apenas si podía soportar la presión de estar escuchando incesantemente el rumor ya confirmado para su persona, de que Reese estaba en camino de comprometerse con alguien. Y en más de una ocasión sus ojos se tornaron humedecidos, llamando la atención de sus compañeros que, para mal, prestaban atención específica a sus reacciones. ¿En qué momento llegaron a odiarla tanto como para hacerle eso? Se había dado cuenta así que ella no tenía amigo alguno en esa enorme mansión.

—Emily, deja eso y ven a dirigir a los trabajadores del banquete —Melina llamó apresurada a la castaña, quien secaba sus ojos con la tela de su mandil antes de voltear a ver a la mayor, contestando con un débil «allá voy».

Con prisa entonces, fue a recibir a los empleados del servicio de banquetes, mostrándoles un diagrama que siempre se usaba del salón de fiestas, y mencionando cómo debía ir todo organizado. Habían mesas para los comensales, un área bastante amplia al centro donde podían reunirse y cotillear. Algunas áreas que conectaban con la sala en donde la gente podía descansar libremente, y el área designada a los omegas para que socializaran entre ellos en lo que sus parejas bajaban al salón privado. Eso sí, dicho salón ni se tocaba. Era un área enorme en la cual trabajar, y los tres miembros de Elefthería se llegaban a preguntar entre sí, si los micrófonos alcanzarían para todo. Al entrar vieron que en efecto las áreas eran bastante grandes, pero suponiendo que lo importante sería en donde se encontraran los alfas, decidieron plantar algunos micrófonos en la sala, otros en las mesas de invitados, y algunos más —los que sobraron, muy pocos, por cierto— colgando de unas decoraciones que se situaron cerca de los candelabros, las cuales fueron «una cortesía».

Para las siete de la tarde todo estaba puesto como era debido, funcionando y arreglado. Las decoraciones no se notaban invasivas, y nadie hasta ahora había notado algún micrófono. Emily se encargó de revisar que todo estuviera en su lugar, y afortunadamente acabaron en tiempo y forma. Reese bajó entonces, ya bien arreglada, con un vestido rojo bastante sensual, que acentuaba su figura que hasta en ese momento era solamente angelical y pura, y la hacía ver ahora como alguna

especie de diosa sensual.

—Mi Señora, ya todos los preparativos están listos —Emily hizo una reverencia ante ella, bajando la mirada para no perderse en la imagen de ésta.

—Es lo que noto, mi querida Em. Te tengo una última tarea por hoy. Ve, por favor, a ayudar a Issei a arreglarse. Su traje ya está listo en la habitación de juegos. Vístelo, péinalo, arréglalo tanto como puedas. Ya está aseado, así que de ello no tienes qué preocuparte. Y, por favor, no tardes con mi omega.

Oírlo de ella le hacía tanto hervir la sangre como doler el corazón. Y ante su imposibilidad de negarse, asintió débilmente con la cabeza para subir a la habitación de juegos. Al entrar en esta, vio a Issei ante el espejo que le habían hecho llegar esa mañana. Ya se encontraba con el pantalón del traje puesto, pero no podía dejar de ver la marca que yacía en su hombro izquierdo. La acariciaba, sintiendo una mezcla desagradable de sentimientos. Notó la presencia de Emily, pero al acercarse ésta, volteó a verla delicadamente.

—¿Voy a morir?

—¿Qué?

—Moriré, ¿no es así? Me marcó anoche, ahora tenemos un vínculo, y mi vida depende de ella. Se aburrirá en unos años, y entonces marcará a otro omega, y me dejará morir ¿No es así?

Estúpido no era, y Emily no supo contestar a su pregunta. Ella no comprendía bien este asunto de los vínculos, ya que al ser una beta carecía de la capacidad de crear uno. Chasqueó la lengua en señal de hartazgo, incluso poniendo una mano en su cintura.

—La Señora me dijo que te ayudara a prepararte. Así que anda, hay que vestirme y peinarte.

—Dijo que hoy me iba a presentar con todos, pero no quiero.

—Lo siento mucho, pero es nuestro trabajo acatar las órdenes. Yo como la mucama, y tú como el omega de la Señora.

Ella iba a jalarlo del brazo hacia la cama para vestirlo, pero Issei no permitió que lo tocara. Fue así a vestirse por su cuenta, pues no era ninguna clase de inútil, o un niño incapaz de hacer sus propias cosas. Emily le quedó viendo, y lo llamaba necio y desobediente, entre algunas cosas más. Pero la pregunta que él le hizo después le llamó la atención.

—¿Disfrutaste el coger conmigo mientras tuviste la oportunidad? —le preguntó, abotonándose la camisa y arreglando la misma dentro del pantalón.

—Pues... fue una experiencia buena al final —había suspirado, no le causaba ya más orgullo el haber abusado de él, pero quería aparentar que seguía pensando que hizo bien, antes de admitir que él sabía mejor que ella en lo que correspondía al sexo.

—Disfrutaste entonces de abusarme. ¿Y debo suponer que por ende disfrutaste cuando ella te hizo lo mismo?

—Ella me lo hizo a mí con amor.

—¿Cuánto amor puede haber en penetrar a alguien con un juguete y obligarle a ver cómo viola a alguien más?

Emily guardó silencio, manteniendo el rostro viendo al lado contrario para que no notara las lágrimas que le resbalaban en sus mejillas.

—A ti no te hicieron nada. Nunca. Los omegas están para servir y satisfacer a los alfas. Estabas cumpliendo tu deber.

—¿Y tú qué deber cumplías estando tirada ahí? ¿Es parte de tu contrato de servidumbre?

Volvió a callar, las lágrimas no se detenían, mientras que Issei sonaba cada vez más molesto, peinando su cabello ante el espejo. Él iba a asumir su rol como omega de Reese, aun cuando no

quería. Pero con aquella marca en su hombro, era lo único que le quedaba. Complacer a la rubia para que no fuera a marcar a otro y él muriera a causa del vínculo roto. Esto era ahora lo que les quedaba a ambos. Y no era nada grato. En unos momentos más, los invitados llegarían, y ellos bajarían para recibirles. En un par de horas más, la élite de Brestán sabría del nombre de Issei como pareja de Reese, sin saber necesariamente de la marca hasta que en un par de meses —o menos— se celebrara el compromiso. Issei no era tan fuerte, y todo esto lo abrumaba. Antes de bajar, se sentó a la cama. No pudo evitar el pensar en sus padres, quienes seguramente lo estaban buscando sin parar, y que al día siguiente se enterarán de que él se encuentra con Reese.

Lo único que pudo hacer para afrontar su realidad y la mentira que venía hacia su familia, fue llorar desconsoladamente.

10

Los invitados empezaron a llegar de a poco, todos puntuales, eso sí. Fieschi con Pietro a su lado, así como el resto de alfas acompañados de sus bien cuidados y mimados omegas, fueron abriéndose paso y colocándose en la comodidad de las mesas y la sala principal. Reese observaba desde lo alto de la escalera, en el primer piso de la mansión, para luego ir a asomarse a la habitación y ver si su omega ya estaba listo.

Al entrar tan sólo a su habitación, vio a Issei y a Emily en la misma, terminando de preparar al omega para salir ante el público. Había que recalcar, ninguno de ellos lucía con plena felicidad. A Reese eso no le importaba en absoluto, y se daba a notar cuando entró a la habitación, apartando a un lado a Emily y sosteniendo el mentón de Issei con la mano.

—Esta noche te encuentras precioso —le dijo con una voz aterciopelada, algo grave y aun así delicada. Issei volteó a verla inevitablemente, atraído de forma extraña por dicho tono de voz.

—¿En verdad? —le preguntó, viendo fijamente los ojos color azul cielo de su «dueña». Debía ser esto a causa de su marca, de aquel vínculo maldito que había generado contra su voluntad. Pero, aunque era consciente de que esa era la realidad, no podía evitar sentir un calor en su pecho, que le hacía sentir un apego especial hacia ella.

—En verdad. Anda, querido, abajo nos están esperando.

Reese lo tomó de la mano, cosa que Issei le permitió antes de que bajaran juntos a la fiesta. Emily se quedó sola en la habitación, sentándose en la cama. No quería absolutamente nada más en este lugar. Seguramente esta noche Issei dormirá en esta misma cama con Reese, y tendrían sexo sin necesidad de inducir un celo forzado en el muchacho. Después de todo, ahora él le pertenece a la Señora, y ella tiene todo su poder sobre él.

Pensaba sin parar sobre lo que le dijo de ser violado. ¿Los omegas pueden ser violados? Emily ya no sabía qué contestar. ¿Ella misma fue violada? Sí, bajo la definición de la palabra violación, ella fue violada. Y bajo ese razonamiento, Issei también fue violado. ¿Los omegas pueden ser violados? Sí pueden, y él fue violado, tanto como ella. Sin darse cuenta había empezado a llorar en su lugar, escuchando el sonido amortiguado de la música y las voces de los invitados.

Abajo, la fiesta iba viento en popa, con todos los invitados gozando de la estadía, del ambiente y la comida. Reese no dejaba de pasar con cada una de sus amistades, abordándolos con un abrazo y un beso en la mejilla antes de repetir incesantemente «les presento a Issei, es mi pareja». Y el mencionado sonreía con delicadeza, dando la mano a esos alfas de élite para ser cortés, y luego mirar a los omegas que lo veían con la misma atención. «Un adorno nuevo», se dirían ellos en su mente al ver a Issei.

Desde la camioneta de banquetes estacionada afuera de la mansión, los miembros de Elefthería escuchaban con atención a cada cosa que consideraran de importancia, hasta que uno de ellos escuchó una de las tantas introducciones del joven.

—Tenmei, ven a escuchar esto —dijo uno de los muchachos, entregando un par de audífonos al pelirrojo. Al colocárselos, pudo escuchar la presentación como iba.

«Así es. llevamos unos cuantos meses de conocernos, ¿qué serán? Tal vez dos o tres, la verdad es que el tiempo se te va en cuanto te enamoras»

Reese era quien decía esas palabras, y realmente su excusa —porque eso era lo que era su discursillo— podía convencer, siendo que la desaparición del muchacho Fujioka se dio alrededor de cinco meses.

—Tres meses, ¿será entonces que Fujioka de verdad se escapó de ese dichoso programa? — Tenmei buscaba así los datos en el registro que Airlia les había proporcionado para comparar la información.

—Presta atención, Himura. Ese programa no existe, ¿o acaso has visto algún omega de provincia trabajar aquí?

—No sin tener estragos económicos —fue la respuesta del pelirrojo.

Siguieron escuchando por un momento, antes de que ella se moviera. Prestaron así atención a los cotilleos de los omegas que acompañaban a los alfas de élite, sentados algunos en las mesas del salón. Usualmente se quejaban de cosas que podían considerarse usuales, como infidelidades, maltratos, entre otros. No era una gran sorpresa, pero era triste de escuchar. Una realidad que ni siquiera los omegas de élite podían escapar.

—Pase lo que pase, no dejen de escuchar, y graben todo lo importante —Tenmei dio esa indicación antes de levantarse del lugar para salir a estirar las piernas un momento. ¿Consideraría una bendición el encontrar esta oportunidad para recabar más información, sobre todo, de las desapariciones? Podría considerarlo, pero no sabía la forma en la que podrían usarla a su favor. Quizá se limitaría a estar recolectado todo, esperando a que llegue el momento más preciso para poder soltarlo, como una bomba de tiempo. Pero había que ser igualmente cautelosos. Nadie fuera de Elefthería podía saber que ellos tenían eso, puesto que la ABS no dudaría en arrestar y ejecutar gente de ser necesario. Vivían en una jodida dictadura oculta a los ojos de los habitantes de Brestán.

Las conversaciones permanecían efímeras, cotilleos acerca de la intimidad de unos, y la constante presencia de Reese presumiendo a su omega. Algunos alfas envidiando a Issei, y uno que otro omega hablando sobre lo beneficiado que estaría el mencionado al tener de pareja a la gobernante magna. En medio de su propia ignorancia, hablaban de que seguramente recibiría un trato digno, puesto que claro, ellos no conocían la verdadera naturaleza de Reese. Nadie excepto Issei y la servidumbre sabían el monstruo que era la gran gobernante, y todos se quedaban con la cómoda imagen de la mujer sabia y santa que se presentaba día a día ante el pueblo.

La cena se sirvió pronto, todos pasando finalmente a la sala del banquete y eligiendo sus mesas. La más grande y la principal, claro, estaba reservada para Reese y sus más íntimos. Al momento de sentarse, Reese se acercó a Issei en un acto cariñoso, que aparentaba ser un beso, pero en realidad era para darle indicaciones.

—Imita la manera en que me siento y tomo las cosas, empieza a comportarte como la élite. Que no se te note que vienes de un pueblo pesquero —le dijo en voz baja, seductora aun para sus palabras tan frías y prejuiciosas. Y sin mucho qué hacer sobre ello, Issei solamente asintió, bajando la mirada y notando a discreción cada movimiento de su alfa para imitarlo al momento de colocarse la servilleta o tomar los cubiertos.

En el momento en que se dio la indicación de la cena, uno de los omegas de Elefthería atendió a servir los platos. Tenía un trabajo importante de confirmación, y se la había pasado viendo una foto de Issei desde las últimas horas apenas escucharon que él se encontraba ahí. ¿Por qué le daban tanta importancia? Sería porque sus padres presionan demasiado, además que ha sido el primer desaparecido del que tienen una posible pista de su paradero. Han pasado muchos nombres por los archivos del grupo, que es tan imposible recordarlos todos a la vez, pero en el caso de que

Así se retiró del estudio Reese, yendo a tocar la puerta del pequeño salón de descanso. Abrió poco después, encontrando a los huéspedes de la misma hablar y rodear con cierto interés al pelinegro. Era una escena curiosa, y le hacía preguntarse de lo que estarían hablando.

—Issei, cariño, vayamos a la habitación, por favor —dijo con un tono de voz algo más grave de lo usual, pero del cual solamente Issei fue capaz de sentir una extraña presión a obedecerle.

—Ya voy, señorita Reese —dijo el muchacho, despidiéndose de los que en el momento estaba considerando compañeros o quizá hasta amigos, y siguió a la albina hacia arriba. Al llegar a la habitación, Issei se sentó al borde de la cama, como esperando alguna orden sobre lo que deberían de hacer ahora. Y por supuesto que Constantinescu notó esa actitud extremadamente servicial de parte de su omega.

—No tienes que esperar órdenes ya. Puedes considerarte «libre» para actuar como te plazca dentro de esta mansión. Dispón de mis riquezas y de mi servidumbre, que a partir de ahora y más el día de nuestra boda, eres también amo y señor. Solamente te pido que cumplas con un mínimo requisito o dos —dicho eso, se le acercó de manera autoritaria, amenazante y de la misma manera tomó su mentón para que la viera a los ojos—. Nunca dirás absolutamente nada de cómo te compré, ni dirás nada de lo que has aprendido de mí desde entonces. Para el resto del mundo, eres un omega que huyó del programa de trabajo y se enamoró perdidamente de mí.

Sus palabras eran aterradoras, habladas en un tono tan firme que daba miedo. Issei se quedó petrificado de miedo, temiendo incluso suspirar o hacer cualquier ruido con su respiración. Creyó conocer ya al demonio que habitaba en el fondo de esa mujer de aspecto divino, pero parece ser que hay un negro más oscuro en el fondo de todo. Un negro en su alma que tenía miedo de llegar a conocer un día.

Temía su destino de ahora en adelante. Lo acababa de llamar «amo y señor», le había dado las libertades de usar sus riquezas y sus sirvientes, pero se sentía como si fuera un eterno prisionero que sería mimado sin cesar para que olvidara la sensación de la verdadera libertad. Libertad que realmente no tuvo. Su libertad se vio condicionada al nacer en una familia de bajos recursos, y se vio restringida al descubrir su condición de omega. ¿Por qué él? ¿Por qué suceden estas cosas? Ni siquiera cuando la albina empezó a besar su cuello y mordisquear su marca podía dejar las preguntas de lado, ni los pensamientos de que necesitaba ayuda para huir, pero nadie se la prestaría.

La mañana siguiente fue un inicio difícil para todos. Airlia no perdió el tiempo para anunciar a los Fujioka su descubrimiento, pero ellos seguían sin creer que su hijo, al que conocían como las palmas de sus manos, realmente huyera para involucrarse con algún alfa. Airlia lo más que pudo hacer por ellos fue prometer que seguiría investigando y buscando en el remoto caso de que ese no fuera realmente el Issei que buscan, aunque sus propias pruebas indicaban lo contrario.

Las calles así, volvieron a tapizarse de volantes, no sólo ahora con el rostro de Issei y otros desaparecidos, sino también con palabras de denuncia. Se repartieron a tantas personas como veían, incluso recogían las que la gente desinteresada botaba, pero desde el incidente de Issei, no habían tomado tan en serio la labor de denuncia. Tenmei caminaba sin parar por las calles hasta el momento de darle una a un joven castaño en compañía de un muchacho más alto que el primero. Durante un largo rato fue el primero de muchos que le harían distintas preguntas sobre no sólo el caso de Issei, sino la causa.

Elefthería necesitaba ganar más miembros, así como fuerza en el movimiento. Aun cuando el futuro les sabía amargo, pues la ABS haría todo lo posible por silenciarlos, y más por meterse con el omega de la gobernante y líder. Iban a tener fuertes problemas, pero valdría la pena el riesgo

con tal de dar más pasos hacia adelante.

Solamente era cuestión de un par de meses para el anuncio del compromiso, eso sí es que Issei no quedaba embarazado antes. Era la razón por la que Reese empezó a encomendar más tareas a Emily, quien obedecía sin chistar. Entre conseguir anticonceptivos, hasta volverse la mucama personal del pelinegro, Reese había encontrado el punto exacto de degradación para manejarla, haciéndola la mandadera de su omega, sin permitirle desobedecer a ninguna orden. Era natural que Emily se hartara en poco tiempo de aquel trato degradante, terminando por abordar a la rubia en un momento en que estaba sola.

—Mi Señora, he tomado la dura decisión de agradecerle sus atenciones, y partir de este lugar —dijo Emily, tras reunir el valor de pronunciar esas palabras. Reese, sin embargo, no pareció inmutarse ante su obvia renuncia.

—¿Por qué dices eso, Em? —preguntó tras unos segundos de silencio, mientras peinaba su cabello viéndose en el tocador.

—Porque creo con seguridad que mi tiempo aquí ya ha terminado, y es la mejor decisión para todos en esta mansión.

—No creo que lo sea para Issei. Él te tiene mucha confianza ahora, más que nunca...

—Es mi decisión final, mi Señora, y no hay nada que usted pueda hacer para cambiar eso.

Emily sonaba tan firme y segura de sí misma, que Reese se vio en la necesidad de detenerse de sus asuntos, volteando a ver a la chica con ese aire solemne que ella tenía. Se levantó así de su asiento frente al tocador, y se acercó a la castaña, quien no se removió de su lugar en todo el rato... hasta que Reese la tomó de la quijada con fuerza.

—Entonces supongo que no tienes miedo a perder este trabajo, ni ningún otro que intentes buscar, ¿no? —le dijo mientras apretaba los dientes, dejando escuchar el rechinado de sus colmillos.

—Qu... qué dijo... —Emily no podía hablar con mucha claridad al tener la mano de la otra apretando su quijada de modo tan salvaje, pero quería permanecer resuelta a irse de ahí. Ya encontraría la forma de sobrevivir, y estaba por decirle eso mismo, cuando la rubia siguió.

—Claro que no te importaría, porque sabes que terminarás vendiendo tu cuerpo como la puta que eres. No creas que no supe que te cogiste a Issei más de una vez, dejaste tu asqueroso aroma de beta en toda la habitación. Por eso te advierto una única vez que, si te atreves a irte de este lugar, lo último que este país sabrá de ti será acerca de un cadáver tirado en algún río o callejón sucio. Tú no tienes derecho a nada en esta vida, toda tu vida está bajo mi control, y el día en que yo me aburra de ti créeme por O Théos que vas a terminar tal y como te acabo de decir. Así que, retráctate de tus palabras, pequeña puta, pídemme perdón, y sigue con tus trabajos.

La empujó al soltarla, dejando las marcas amoratadas de sus dedos en su piel. Emily estaba al borde de las lágrimas por el miedo que le causaba el pensar en que en verdad la mataría un día de estos. Le había prometido matarla, en cuanto se fuera o se aburriera de ella la mataría. Lo más sensato podría ser obedecer, resignarse a quedarse en esa maldita prisión, y siguiendo ese instinto, se arrodilló ante la albina, extendiéndose hacia adelante y rogando por su perdón, el cual fue recibido en forma de patadas y pisotones.

Había aprendido de esta manera cruel que no había manera de huir del poder de Reese Constantinescu. Todos los que estuvieran bajo su poder, no, bajo sus caprichos, estaban destinados a perecer de una manera u otra, entre humillaciones y vejaciones. Reese era un monstruo, corrompido por el poder absoluto que le otorgaba su cargo. Un país gobernado por un monstruo así estaba destinado a la perdición.

No hay nada que hacer para salvarse. Al menos no todavía.

Indice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)